

La Ilustración



Artística

Año XX

BARCELONA 21 DE ENERO DE 1901

Núm. 995



TIPO ASCHANTI, escultura de Agapito Vallmitjana Abarca



Texto.— *La vida contemporánea. Crímenes. Fecundidad singular. Los dramas del Océano*, por Emilia Pardo Bazán. — *Pensamientos.* — *La bruja*, por F. González Díaz. — *Dramas «pasionales» (?)*, por A. Sánchez Pérez. — *Victor Balaguer*, por A. García Llansó. — *Lazo matrimonial*, por Juan B. Ensenat. — *Nuestros grabados.* — *Problema de ajedrez.* — *China. Usos, costumbres y descripciones geográficas* (continuación). — *El ferrocarril centrífugo americano*, por X. — *El uso de agua hervida entre los antiguos*, por L. De Launay. — Libros enviados a esta Redacción.

Grabados.— *Tipo aschanti*, escultura de Agapito Vallmitjana Abarca. — Dibujo de José Triadó que ilustra el artículo titulado *La bruja*. — *El regazo materno*, estudio al pastel de José Mentessi. — *D. Juan Antonio Cuervo*, retrato pintado por Goya. — *Victor Balaguer.* — *Barcelona. El entierro del obispo Dr. D. José Morgades y Gili. Paso del cortejo fúnebre por las plazas de Santa Ana y por la de San Jaime*, dos grabados. — *Paisaje*, cuadro de Aurelio Tolosa. — *Bordadoras de casullas*, cuadro de Eugenio Alvarez Dumont. — *Placa conmemorativa de la Exposición Universal de París de 1900*, grabada por Oscar Roty. — *Placa que ha servido de premio en los concursos de deportes de la Exposición Universal de París de 1900*, grabado por P. Vernón. — *María Alicia*, hija de Carlos de Borbón. — *Cabeza de bronce de Constantino el Grande*, recientemente descubierta en Nisch (Servia). — *Una calle de Cantón.* — *Canal de Cantón.* — *Rótulo de una zapatería de Cantón.* — Fig. 1. Un vagón de ferrocarril centrífugo americano. — Fig. 2. El ferrocarril centrífugo americano. — *Arrieros*, dibujo de Enrique Estevan.

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

CRÍMENES. — FECUNDIDAD SINGULAR. — LOS DRAMAS DEL OCEANO

La criminalidad en España no disminuye. Hay épocas en que arrecia. Se dan rachas, lo mismo que en los descarrilamientos y choque de trenes. La crónica negra de los diarios asusta en ciertos días del mes. No sé si acierta ó se equivoca un distinguido penalista que hace coincidir el aumento de la criminalidad con el aire Sur: lo que seguro es que hay semanas criminales.

* *

Uno de los patriotas de la mentira, amigos de echar tierra á todo y desfigurar los hechos, me combatía porque afirmé que en Francia la criminalidad disminuye. Citábeme los casos que ocurren en los arrabales solitarios de París y en los extraviados bulevares exteriores. Partidas ó gavillas de ladrones los infestan, y el que se descuida y va solo y de noche y sin armas por esos lugares sospechosos, tiene la seguridad de encontrarse con el garrote del *souteneur* ó el cuchillo del *rodeur*. «¿Es lícito — exclamaba mi patriota — darnos por ejemplo á Francia?»

— Sí que es lícito, respondía yo. Los fenómenos sociales se han de juzgar reflexionando. Las impresiones de lectura de periódicos engañan. Relacione usted causas y efectos, y entonces comprenderá. — ¿Quiénes cometen esos crímenes relatados en la prensa francesa?

— ¿Quiénes han de ser? Perogrullada. Los malhechores.

— No perogrullada. En España, también hay malhechores criminales, pero buena parte de los crímenes los comete la gente de bien.

— ¿Qué está usted diciendo?

— Lo que usted oye. La gente de bien; personas excelentes á veces, pero impulsivas, faltas no ya de cultura, sino de la instrucción más elemental, á obscuras, sin respeto á la ley, con falsas nociones del punto de honra; en fin, salvajes sin malignidad, ó niños sin criterio moral, como son siempre los niños y los salvajes. Ahí tiene usted el mayor contingente de la criminalidad española.

— ¿Sabe usted que es curiosa la observación?

— No sé si es curiosa, pero es exacta y nueva.

* *

Léanse despacio las noticias de crímenes en nuestra patria. ¡Qué á menudo resulta vagamente simpático el criminal! Ya un mancebo enamorado deja seco al padre ó al hermano de su ídolo, porque se oponían á las relaciones. Ya otro Romeo entusiasta y que no concibe la existencia sin la pasión, levanta la tapa de los sesos á su adorada cuando ésta se niega á proseguir el idilio, y acto continuo aplica el

cañón del revólver á su propio oído y cae exánime sobre el cuerpo de la víctima. Ya dos galanes, disputándose el cariño de una bella, se lán á navajazos ó á palos ó á tiros de revólver, y no sosiegan hasta quedar en el sitio, abierta la garganta ó traspasado el pulmón. Ya un viudo, á quien se le ha ocurrido, en uso de su derecho, contraer segundas nupcias, es afrentado con bárbara cencerrada, y sale al balcón y la dispersa á trabucazos, causando dos ó tres bajas entre los músicos. Ya un pastor, por venganza, pega fuego á los pajares, los hatos, la choza de su enemigo. Ya se traban de palabras dos guapos (esto ocurre á cada triquitraque), y después de jactancias y amenazas y chungas y mucha saliva por el colmillo, disciernen la cuestión de quién es más animal, sacándose los intestinos ó comiéndose (ha sucedido) la nariz ó las orejas. Ya un guardia de seguridad apalea á un chiquillo y lo deja por muerto. Ya dos chulas, por un quitame allá esas barreduras, esgrimen el cuchillo, y una de ellas se desploma bañada en sangre, para no levantarse nunca. Ya un esposo calderoniano acecha á su mujer, la ve salir de donde no debiera haber entrado, y le parte el corazón. Ya una Lucrecia de la calle de Postas, perseguida y rondada por un audaz Tenorio de blusa, no encuentra mejor modo de resolver el conflicto que seccionarle la yugular...

* *

¿No es cierto que todos estos criminales españoles habían nacido para el bien; que Lombroso no encontraría en ellos estigma alguno, ni sacaría en limpio gran cosa del examen de sus mandíbulas, cigomas y arcos superciliares, como no fuese la estupidez y la tontería, y que no son ellos, es el estado social lo que delinque?

Hasta en los delitos no pasionales; hasta en los atentados á la propiedad, suele delinquir la sociedad por mano del individuo. Si no se educa y prepara al hombre para ganarse la vida; si á la mujer se le cierran los caminos por donde iría á conquistar el pan honradamente, se hace germinar la delincuencia y la criminalidad

«como en sombrío matorral los hongos.»

Que los ladrones de oficio roben y asesinen, será malo, pero es un mal difícil de evitar completamente. Considero más triste que engruesen las falanges del crimen individuos que no son llevados á él ni por inclinación irresistible ni por hábito contraído en el medio social. De estos últimos no nos faltan; pero los criminales españoles más numerosos son los ocasionales, como la famosa, popular y aplaudida Lucrecia de la calle de Postas.

* *

Algo se roza con la delincuencia ocasional (al fin es un fraude) el hecho, comentado por los diarios, de que *naciesen* el primero de año y siglo tantas criaturitas, para aprovechar las 150 pesetas de prima que á estos nacimientos ofreció el Municipio de Madrid. El fraude era por cierto facilísimo de perseguir y descubrir restableciendo la normalidad de la estadística, barajada por la supuesta fecundidad extraordinaria de las mujeres en un mismo espacio de veinticuatro horas. No sé si han puesto los medios ó se ha preferido hacer la vista gorda y dejar consignado el curioso fenómeno de que determinado y solemne día del año la natilidad aumentó de una manera impensada y sorprendente, saltando desde un diez á un ochenta ó cien. Realidad ó farsa (de cierto lo segundo), el siglo se ha venido trayendo en las manos una caja llena de bebés llorones.

* *

¡Terrible comienzo de siglo el que vieron los pasajeros del encallado vapor *Rusia!* Alguno habrá pisado tierra con el pelo blanco, que lo tendría negro antes de desencadenarse el temporal. No se olvidarán, no, de esos días espantosos. Clavado el buque en los peñascos, olas gigantes barrían la cubierta, y á duras penas conseguían los pasajeros no ser barridos también. Agarrados á los palos, amarrados con cuerdas, los sostenía, más que la fuerza de las amarras, el invisible cabo de la esperanza, que hasta en medio de la agonía presta vigor al espíritu. El oleaje, entretanto, iba desbaratando la popa, y el buque se inclinaba gradualmente hacia el abismo. El agua se metía en él, con fragoroso resuello de monstruo que ansía acabar de tragarse su presa. En vano habían pedido socorro. Imposible llevárselo; ni lancha ni embarcación de ninguna clase podían luchar victoriosamente con las montañas de agua embravecidas. El viento, huracanado, furioso, les impedía

lanzar un cabo á la playa. No quedaba más recurso que esperar, esperar... el desenlace, la muerte. Y así, sin comer, sin beber, sin dormir, empapados de agua, flagelados por el viento, aguardaban á que un crujido mayor les diese la señal de morir. Erguido, sereno, el capitán resistía en pie, animando á los desesperados, arbitrando los pocos medios de defensa que aún podían emplearse. Tres días con sus noches estuvieron así, en capilla, encomendando á Dios el alma los que tuviesen fe, viéndose ya en el negro abismo de la nada los descreídos, y repasando cada cual su vida entera para llorar, arrepentirse, recordar, sentir... Quizás ni aun eso. El mero instinto de conservación, la pura animalidad, en tales ocasiones críticas se imponen. Sólo se ve el espanto, el horror de lo que se acerca y que la cólera de los elementos reviste de tan tremendo aparato. Muchos pasajeros, sobrecogidos por un desmayo mortal, eran los más felices: no se daban cuenta de lo que iba á pasar allí. Para ellos, ya se había acabado la tragedia.

¡Cómo les latiría el corazón, á los que no habían perdido el conocimiento, al notar que, *por fin*, una lancha conseguía dirigirse hacia el buque! La voluntad del cielo había aplacado el huracán; el amanecer traía con su luz el indulto.

* *

No tuvieron la misma suerte los pobres traineros de mi país, tripulantes de la barca *Encarnación*, de la matrícula de Puente deume. Fué drama más rápido, menos angustioso, pero más cruel en sus resultados, pues dejó en el fondo del mar á cinco hombres y en el desamparo á cinco familias. Mil veces se ha hecho la sentida relación de las angustias que lleva consigo el oficio del pescador. Ellos, no obstante, ni se ocupan ni se preocupan del peligro, y estoy por decir que á sus mujeres é hijos les pasa otro tanto. La frecuencia embota el miedo. Están fogueados. He podido observarlo, porque paso el verano á orillas del mar. Las disposiciones relativas á aparejos de pesca, las alzas y bajas del mercado, las probabilidades de un buen lance, dan más que hablar á los pescadores que las contingencias de una desgracia. Son gentes expuestas á una enfermedad que no padecen los terrícolas: cuentan con ella, y no la recuerdan mucho, á no ser cuando un zarpazo ó una dentellada les obliga á recordar involuntariamente que se pasan la vida en la jaula de una fiera y desafiándola. La costumbre lo gasta todo. «¿Quién sabe dónde está su suerte? — me preguntaba cierto día, después de oír el relato del naufragio de un transatlántico, un marinero de mi costa, viejo color de yesca, duro y derecho como un roble, de faja, zuecos y camiseta á rayas que modelaba el tórax fornido. — ¡Cuántos irían en ese buque grande que se embarcarían por primera vez, que no habrían pensado embarcarse nunca, y que dejaron la piel ahí y no en su casa, descansados, con médico y confesor! Y yo — repetía el viejo, — yo que llevo la *sinfinidá* de años de correr los temporales; yo que si no salgo á la mar no tengo qué darles á los chiquillos para que coman; yo que si me retuercen echo saín; yo, si Nuestra Señora de la Guía lo permite, en tierra he de acabar, como la sardina que la sueltan en la playa y allí da las boqueadas y se queda tiesa...»

EMILIA PARDO BAZÁN.

PENSAMIENTOS

El talento de ciertas personas es como una linterna sorda, que sólo sirve al que la lleva y no ilumina más que el camino por donde éste pasa.

POPE.

El pasado es como una lámpara puesta á la entrada del porvenir para disipar una parte de las tinieblas que lo envuelven.

LAMENNAIS.

Los inconvenientes de una aplicación imperfecta son infinitamente mayores que los que resultarían de un aplazamiento indefinido.

ISAAC PEREIRE.

El mundo pertenece á la energía.

A. DE TOCQUEVILLE.

Cualquier punto del mundo conduce á Dios, del mismo modo que cualquier punto de la circunferencia conduce al centro.

TRENDELEBURG.

No hay pueblo malo para un buen gobernante, como no hay malos ejércitos cuando los jefes son buenos.

BONAPARTE.

A menudo en los países más inteligentes llegan á ser ministros los que lo son menos.

PRÍNCIPE DE LIGNE.



Todavía muestran los campesinos el sitio donde existió *la bruja*, y al mostrarlo, hacen la señal de la cruz con un resto de terror. Aquellas piedras amontonadas, negras y desiguales, aquel pedazo de muro que permanece en pie por milagro, aquel pajar adyacente destechado é invadido de la maleza, eran su habitación, si habitación podía llamarse semejante conjunto de ruina y miseria. Allí vivía el ser protervo, escondido como un mal bicho; allí vivía, aislado, infamado.

Su tipo, según la tradición, acomodábase exactamente al de la leyenda infernal que en torno de las supuestas súbditas de Luzbel se condensa. Flaca de cuerpo hasta parecer un manojo de huesos envueltos en rugoso pergamino; morena y curtida de semblante; silenciosa al andar, tan silenciosa que su marcha, más bien que marcha, era como deslizamiento; fosca y huraña, desabrida y áspera. Por ojos tenía dos ojuelos extraños, de color cambiante, ora grisáceos, ora leonados, ora sanguíneos, siempre de mirada incierta bajo la claridad diurna, como si estuvieran conformados para ver entre las sombras. Su nariz tocábase con su barbilla temblona, erizada de pelillos tiesos, duros como espinas. Y no sólo le temblaba la barba, temblábale toda la desvencijada máquina, vencida al peso de los años, cuya cifra ignorábase.

Llamábanla la tía Nastasia. Era un misterio diabólico que vivía y andaba, aunque torpemente, pero que apenas hablaba. En su forzosa incomunicación, había llegado á olvidar las fórmulas corrientes del lenguaje humano, y el grito animal era su único medio expresivo. Mirábanla como á una bestia más, que mugía ó rugía en la soledad del campo. Cuando caía el velo negro del crepúsculo, bordado de los últimos reflejos del sol, la vieja abandonaba su casuca para envolverse en él, rompiendo en alaridos salvajes, que parecían una salutación á la noche.

* * *

Al pasar por aquel sitio, de regreso á sus hogares, los mozos de labor, los arrieros, los peones de las granjas cercanas, se persignaban devotamente y se decían:

— Está llamando al diablo.

Todavía osaban, en aquella hora indecisa, coger algún guijarro y arrojárselo con violento ademán de amenaza. A veces, daban en el blanco; los alaridos de la vieja redoblaban, y la sangre corría por su rostro, ó se la veía arrastrarse lentamente hacia su vivienda miserable como una fiera herida.

En cierta ocasión, una mano diestra, de buen pulso, hizo certera puntería, la dió con una piedra en mitad de la frente y la derribó al suelo. Levantóse ensangrentada, ganó á rastras su guarida y desde el umbral púsose á gritar con más fuerza que nunca. Sonidos roncós, inarticulados, salían en tropel de sus labios; pero entre aquella algarabía sonora pudo percibirse una palabra, una tan sólo, clara, vibrante, como una campanada de misericordia:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

* * *

¡Dios! La bruja nombraba á Dios. Los campesinos se asombraron. Hubo quien juzgó que no debía de ser criatura satánica aquella criatura, pues dada la incompatibilidad natural entre Dios y el diablo, imposible que tomase en boca el divino nombre sin

enojar y ahuyentar al príncipe de las tinieblas. Otros opinaron que invocaba á Dios para injuriarlo. Prevaleció este dictamen. *Pacto* existía, indudablemente. ¿Cómo, si no, explicarse el poder misterioso de que, para hacer el mal, disponía la tía Nastasia?

Pero debieron agregar que asimismo tenía para hacer el bien. En muchas ocasiones lo había hecho. Los que más la denostaban y maldecían, solicitaban su no aprendida ciencia curativa en casos extremos, desesperados. La reconocían *mano de santa* á los efectos de curar achaques y dolencias de la mísera carne humana. Aún no paraba ahí su acción benéfica; además curaba las hondas afecciones morales con igual facilidad que las producía.

Si la llamaban para estos menesteres graves, iba diligente, cuanto se lo permitía la debilidad de sus piernas, callada, impasible; llegaba á casa del necesitado, prestaba sus servicios y se tornaba sin hablar con nadie. En el camino solía encontrarse, por toda recompensa, una pedrada.

De varias leguas á la redonda la mandaban á buscar, no obstante su brujería. Inspiraba fe su conocimiento de la virtud medicinal de las plantas silvestres; pero no le agradecían sus beneficios, todo lo contrario. El odio contra ella aumentaba á medida de sus éxitos. La mala gente campesina no le perdonaba el tener que aceptar algo del diablo por mediación de una hechura suya. Porque lo que ella hiciera, adverso ó propicio, indudablemente obra del diablo había de ser. Y después de aprovecharse de las artes demoníacas, era necesario castigar y humillar en ella al Malo.

Hacia la cura del *pomo* (1); salvaba enfermos desahuciados por medio de saluciones cabalísticas, que sus *clientes* juzgaban conjuros infernales. Nada de esto se le tomaba en cuenta; pero en cambio todo daño, toda desventura, toda ruina que en los contornos ocurriera, poníasele en el pasivo de sus ruindades.

Si enfermaba y moría una vaca, de fin natural, porque las vacas también se mueren, el dueño se enfurecía y clamaba irradísimo, amenazando con los puños la mansión maldita:

— ¡Perra!.. ¡Mil veces perra! ¡Me la ha matado!

Sobre la casa del crimen llovían entonces maldiciones y peladillas.

Y la bruja salía á la puerta; destacaba los perfiles siniestros de su figura en el fondo ahumado del casuco, semejante á un cubil; levantaba al cielo los garfios temblorosos de sus manos y prorrumplía en gruñidos indescifrables, por encima de los cuales, clara, distinta, angustiosa y triste como una campanada de auxilio, percibíase la solemne palabra:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

* * *

Tenía un perro que la defendía; tenía una cabra que la alimentaba. Sus enemigos veían en la cabra y en el perro encarnaciones del diablo, y quisieron destruirlos. Un malvado mató al can de una cuchillada; otro malvado mató á la cabra de varios garrotazos.

La bruja lloró, gimió y gritó en tono más alto que nunca, lanzando á los espacios la campanada de socorro:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

(1) Este vocablo expresa una superstición muy generalizada entre los campesinos canarios.

Los seres débiles é indefensos se buscan por ley de necesidad. Había en las inmediaciones un desvalido, un desheredado, un jorobado, un monstruo, que, lo mismo que la bruja, se nutría de injurias y se abrevaba de ignominias. Vivía en el estercolero de Job, como Job humillado, como Job miserable, como Job paciente. La mujer embrujada buscó al hombre deforme, y juntaron su miseria, sus dolores y su hambre. La comunidad de penas les hizo hermanos.

La hembra excomulgada se apoyó en la joroba de su compañero como en un báculo. Quasimodo prestó su jiba á cambio de un poco de amor.

Los campesinos vieron en el jorobado una nueva encarnación del diablo, y quisieron matarle. Cierta día fué el infeliz al mar y no volvió.

La bruja salió á la puerta, extendió los brazos en dirección de la inmensidad azul, los alzó luego hacia las estrellas, que empezaban á salir titilantes y risueñas, y arrojó su grito, su gran grito de ave herida, la campanada de imploración, alta, desolada, apremiante:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

* * *

Otro día llegó á la choza un hombre, el primero que osara romper el entredicho entrando en ella. Aquel hombre traía una carta; cuando se fué, sonaron dentro por largo rato lamentos y gemidos desgarradores.

La curiosidad campesina se aproximó astuta como una zorra, feroz como un tigre, y logró averiguar que la bruja, aquella sierva de Satanás, aquella podrida fruta del infierno, tenía un hijo — ¡cosa inaudita! — y que lo había perdido allá en tierras lejanas donde la guerra acababa de devorarlo.

— ¡El diablo se lleva lo suyo!, vociferó desde lejos un jayán con vocación de verdugo.

La bruja salió á la puerta, y apuntando con sus dedos sarmentosos á la enemiga turba de sayones, sollozó por tres veces con sollozo que terminaba en clamor de campanada, altísima, pero fúnebre cual toque de agonía:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

* * *

Ya no mugía como una bestia, lloraba como una madre.

La hermosura trágica del martirio brillaba hasta en sus redondos ojuelos de lechuza, que cambiaron la desagradable fosforescencia en resplandor celeste. El pelambre de su barbilla semejaba más que nunca un puñado de espinas, y espinas también parecían haberle brotado en torno de la enmarañada selva de sus cabellos.

— Acabemos con la obra del diablo, propuso un mozo, descendiente del sayón que dió á beber hiel y vinagre al Cristo.

Tomó una piedra y apuntó. La bruja cayó para siempre, de cara á la tierra, con los brazos abiertos, como quien se abraza á la cruz, gimiendo con su último aliento su eterno grito, ahora campanada de muerte:

— ¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..

La noche tomó voz y repitió sordamente: «¡Dios! ¡Dios! ¡Dios!..»

F. GONZÁLEZ DÍAZ.

(Dibujo de J. Triadó.)

DRAMAS PASIONALES (2)

Pasional... pasional..., he ahí un vocablo que se emplea mucho y al que la Real Academia Española no ha concedido hospitalidad en su Léxico todavía.

Los noticieros, sin embargo, nos dan todos los días pormenores de crímenes *pasionales*; de dramas *pasionales* nos hablan los críticos más ó menos eminentes, y lo *pasional* se baraja en artículos *sensacionales* (aquí, otro que tal), en cuentos de concurso, en novelas *fin de siglo*, etc.

Yo toleraría las novelas *pasionales*; su lectura no produce muchos estragos. No echo en olvido el cómo algunos preceptistas afirmaban (hace ya mucho tiempo) que la obra *Las penas de Werther*, ó *Las pasiones del joven Werther*, según traducían otros, había puesto en moda el suicidio entre la gente moza de su tiempo; creo, no obstante, que hay en tales afirmaciones mucha exageración; como la hay indu-

tos, infiriendo el primero al segundo una herida con una navaja en la región dorsal, siendo auxiliado en la casa de socorro.»

No es seguramente modelo de bien decir el párrafo que, *ad pedem litteræ*, he copiado; parrafito en el cual no aparece muy claro si en la casa de socorro auxiliaron al agresor ó al agredido; se supone que el auxiliado sería este último; se supone porque esto parece lo natural, pero no porque el noticiero lo diga. No pretendo dirigir por esto cargo alguno, ni grave ni leve, al redactor de la noticia; y no lo pretendo porque bien podría suceder que la redacción resultara irreprochable, y la obscuridad por mí advertida estuviese en mi inteligencia y no en las palabras del noticiero. Además, para quien algo sabe de periodismo son veniales siempre esas deficiencias de elocución, imposibles de evitar cuando falta tiempo, no ya para corregir, sino hasta para pensar lo que se escribe.

de cuya mención hago al lector gracia por considerarla inútil, á que un hombre *apasionado* degüelle, según arte, á la mujer que le engañó, ó al amigo desleal, ó á los dos juntos si viene á mano, y todo esto con muchos fieros y muchos desplantes artísticos y poniendo en blanco los ojos y haciendo muchísimas contorsiones y diciendo, ya en versos inspirados, ya en brillante prosa llena de tropos y cuajada de metáforas, que al proceder así lo hace porque es muy hombre, y que de él no se ríe nadie, y que si tal y que si cual, y cosas por el mismo estilo.

Naturalmente, como el autor procura, para halagar á la multitud, hacer muy simpático al asesino, pobre muchacho, todo bondad y todo honradez, todo nobleza, á quien los procederes de una mala hembra han puesto en el disparadero, y como la mayor parte de los espectadores se consideran, por fortuna, incapaces de matar á su prójimo, aquel guapo que mata á quien se le pone por delante y después ó se suici-



EL REGAZO MATERNO, estudio al pastel de José Mentessi, que obtuvo el premio «Príncipe Humberto» en la exposición trienal de Brera de 1900

dablemente en sostener que las representaciones de *Los bandidos*, de Schiller, impulsaron hacia el oficio de salteadores á muchos y muy distinguidos jóvenes alemanes. Esas son cosas que se dicen con el interesado propósito de reforzar un razonamiento; pero que no han sucedido ni sucederán nunca. Porque así lo creo, repito que toleraría las novelas *pasionales*; la afición á la novela – y muy especialmente á cierto género de novela – supone un grado de cultura intelectual que hace poco peligrosa la lectura; pero declaro que con los llamados dramas *pasionales* no transijo.

Es el teatro diversión de que pueden disfrutar el sabio y el ignorante, el de espíritu superior y el pobre de espíritu, el hombre de gran cultura y el de tosco y mal dirigido entendimiento, y como es natural, se da siempre el caso de que en estos últimos son más profundas y más duraderas las impresiones producidas por la representación de una comedia ó de un drama, sobre todo si el tal drama es de esos que llaman *pasionales* y que halagan los instintos feroces de nuestra flaca naturaleza.

Aún no han transcurrido muchos meses desde que en varios periódicos madrileños se publicó la siguiente noticia:

«Dos *valientes* de ocho y nueve años de edad respectivamente, dirimieron ayer tarde sus *resentimien-*

Lo que hallo de malo en la noticia no es, por consiguiente, la discutible claridad de la forma, sino lo evidentemente perturbador de la esencia.

El periodista de referencia – digamos el *reporter*, ya que eso es lo corriente, aunque no debería serlo – cuenta el suceso como la cosa más natural del mundo, y aun se permite referirla en son de broma, lo mismo que si se tratase de una travesurilla infantil muy divertida.

Aparece en el hecho un niño de ocho años llevando navaja, ni más ni menos que un baratero que hiciese de la guapeza su oficio; y el que lo relata, en vez de llamar la atención de las autoridades sobre los cabezas de familia que permiten á niños de esa edad gastar armas ofensivas, se entretiene en llamar *valientes* á los muchachos y dice, siempre chaceando, que dirimieron sus *resentimientos* hiriendo el menor al mayor con una navaja.

Puede que eso parezca á muchos aceptable como la *literatura pasional*, que tanto gusto ha dado en las últimas temporadas teatrales; pero convengamos en que por ese camino hemos de tardar aún mucho en llegar á la regeneración apetecida.

Los dramas *pasionales* que, con los de mucho lujo de trajes, decoraciones, *attrezzo*, etc., etc., compar-ten por igual la predilección de nuestro público, se reducen, como puede verse en numerosos ejemplos,

da ó dice con arrogancia: «Aquí estoy para responder de lo que hice,» les admira y les parece el enamorado modelo, el tipo del amante varonil y digno de ser imitado, si la imitación no tuviese sus quiebras.

De ese falso concepto del honor, de esa idea absurda de la honra – que no es nueva ciertamente en nuestro teatro – procede indudablemente el entusiasmo que entre las personas de ilustración escasa producen los actos de ferocidad del que por su mano se toma, no la justicia, que esto al fin y á la postre tendría explicación y aun excusa, sino lo que él cree que es justicia, y consiste siempre en imponer y ejecutar penas de muerte á porrillo, como si eso de quitar la vida á una persona fuese tan inocente como escribir un par de quintillas. Es claro que los que están en el secreto no hacen caso de esos crímenes de bastidor y bambalina, de esos asesinatos escénicos; pero el vulgo, el pobre vulgo, que sugestionado por lo que oye y por lo que ve en escena, llega á identificarse con la acción; el vulgo, digo, simpatiza con tal personaje, cobra aborrecimiento á cual otro y se forma, allá para su particular uso, una moral *sui generis*, en la cual lo honroso, lo digno, lo plausible, es enviar al otro mundo de un navajazo al que nos quitó la novia ó al que pensó en quitárnosla, y lo indigno y lo ruin y lo bochornoso es no tener co-



D. JUAN ANTONIO CUERVO

Retrato pintado por Goya que se conserva en la Academia de San Fernando

raje para dar una puñalada, cuando el caso llegue, al mismísimo lucero del alba.

¿Quién sabe si en esa escuela de dramas *pasionales* aprendieron los chicos de ocho y de nueve años á que en la noticia de referencia se alude, que la mejor razón es la navaja?

¿Quién sabe si otros muchachos, que algún tiempo después tuvieron otra reyerta en la cual desdichadamente hubo tristes consecuencias, pues terminó con la muerte de uno de ellos, habían bebido también en nuestros dramas *pasionales* la afición á dilucidar, con guapeza y matándose, sus cuestiones personales?

Y que esa enseñanza trasciende, adviértese perfectamente, y de modo que no deja lugar á dudas, en muchos veredictos de *nuestros jurados*, de culpabilidad cuando se trata del robo de unas pesetas, de inculpabilidad cuando se trata de un *asesinato*..., si — como el defensor procura probar — pertenece al género de los *pasionales*.

Veán ustedes si tengo razón para no transigir con esa literatura.

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

VÍCTOR BALAGUER

La unanimidad del sentimiento, las generales demostraciones de duelo que ha producido el fallecimiento del insigne patricio, demuestran incontestablemente cuál pudo ser la extensión de sus méritos y las virtudes que le enaltecían. Su muerte ha sido la del justo, ya que no de otra suerte podía terminar su misión entre nosotros aquel que no tuvo más norte y estímulo que enaltecer el país en que naciera y prodigar el bien. En su nobilísimo corazón no se anidaron pasiones mezquinas; antes al contrario, perdonó las ofensas en el acto de inferírselas.

En Madrid, lugar de su residencia, se dedica al docto escritor, al íntegro hombre de Estado, respetuoso homenaje; Barcelona llora la pérdida de uno de sus más ilustres hijos; Villanueva y Geltrú, su ciudad adoptiva, reclama sus restos; Cataluña experimenta hondo pesar por la muerte del cantor de sus glorias, y España entera dedica cariñoso recuerdo al que, sin olvidar su suelo natal, alentó por los grandiosos ideales de la unidad de España.

Una existencia de constante labor, consagrada por entero y por completo á fomentar la cultura, despertar el sentimiento de la nacionalidad, hacer simpático y agradable lo que constituye la esencia y el modo de ser de nuestro país, bien merece la general y respetuosa consideración.

No es este el momento de analizar su copiosa labor literaria, pero sí el de recordar la tendencia que representa, y de reconocer que á ella se debe, en gran parte, la evolución operada y nuestro renacimiento, del que fué, indiscutiblemente, uno de los precursores.

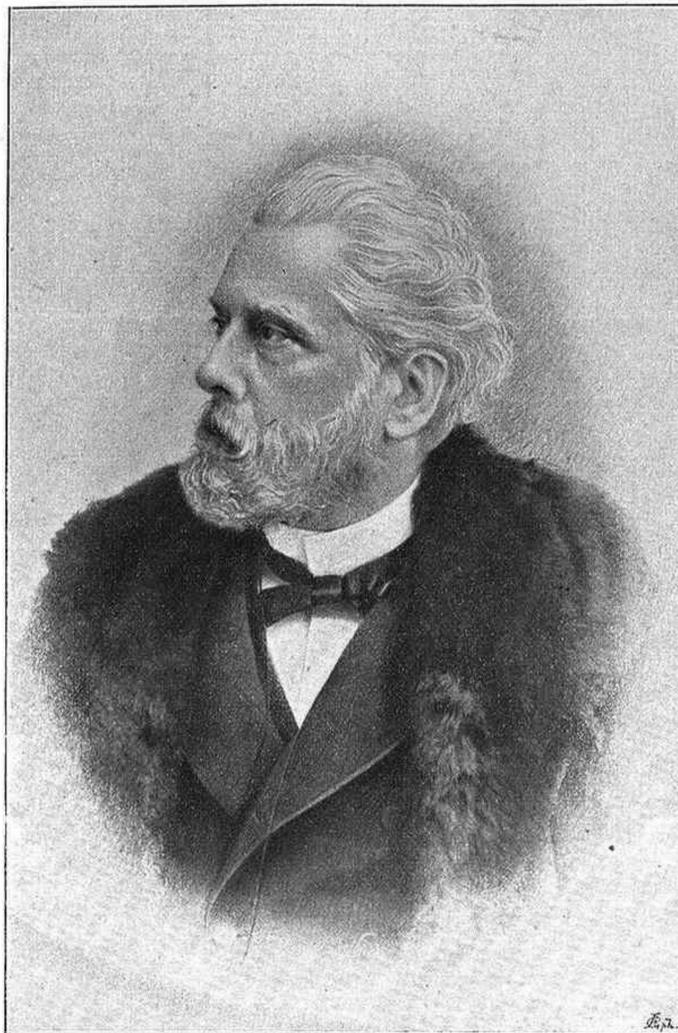
Como historiador, cábele la gloria, en su primera época, de haber realizado con extraordinario éxito el cometido de vulgarizador, y en los últimos años el de concienzudo investigador, conforme lo demuestran sus postreras producciones. Considerado como hombre de Estado, preciso es consignar que la honradez más acrisolada y la más estricta rectitud fueron la norma de todos sus actos, inspirándose como político en los modernos ideales de libertad y progreso.

Modesto en su vida íntima, afabilísimo en su trato, tuvo el privilegio de despertar afectos y engendrar simpatías. Leal y sincero, tuvo siempre amigos devotísimos, que á su lado, unidos á él, le ayudaron con entusiasmo á la realización de sus nobles empresas.

Creyente sin exageración, amante de su hogar, conservó cariñosa memoria á la que fué su compañera, y en su morada de Villanueva hállanse confundidos los recuerdos de la virtuosa y santa mujer que lo engendró y de aquella que con sus cuidados y cariño hizo agradable una parte de su existencia, compartiendo animosa sus penalidades y contratiempos, endulzados después por los días de gloria.

Villanueva ha demostrado con ocasión de su entierro, verificado el día 17, el cariño inmenso que á su preclaro hijo adoptivo profesaba y el sentimiento hondísimo que su muerte en ella ha producido. La conducción del cadáver de Balaguer ha sido una manifestación imponente, grandiosa, conmovedora, en la que han tomado parte todos los habitantes, sin distinción de clases ni de ideas; todos quisieron

tributar este último homenaje á su protector ilustre, al que con su Biblioteca Museo ha hecho á aquella ciudad la donación más valiosa que puede hacerse á un pueblo, levantando en ella un monumento hermosísimo á la cultura y dejando un recuerdo perpetuo de su esclarecido nombre, al que le ha dado con ello la prueba más elocuente de amor y abnegación, de generosidad y patriotismo.



VÍCTOR BALAGUER, fallecido en Madrid en 14 de los corrientes

¡Bien haya la memoria de Balaguer! Descanse en paz y acompañen siempre á su recuerdo las demostraciones de cariño y simpatía que nosotros, dolorosamente impresionados, le tributamos.

A. GARCÍA LLANSÓ.

LAZO MATRIMONIAL

El marqués de Fonseca era el mejor partido del barrio de Salamanca. Guapo mozo, rico, simpático, era agasajado por todas las suegras futuras, y no había en el primer ensanche de Madrid una sola muchacha casadera que no hubiese soñado con Fernando alguna vez.

Treinta años, treinta mil duros de renta y treinta títulos nobiliarios por lo menos, eran circunstancias capaces de seducir á cualquiera.

Pero en vano los casamenteros de oficio y los que por afición se dedican á zurcir voluntades para el séptimo Sacramento, le daban á entender que tal ó cual aristocrática familia aspiraba á entroncar con él. En este terreno, el marqués se llamaba Andana. Ni la hija del viejo conde de Antaño, que le hubiera aportado mucho oro, muchos pergaminos y mucha hermosura; ni la joven viuda de Lozano, cuyos millones y raro talento tenían trastornada á la alta goma de la coronada villa, le hicieron claudicar.

El marqués asentía en que aquellas mujeres eran muy simpáticas y muy convenientes bajo todos conceptos; pero no quería casarse.

La vida de soltero, con la cual estaba encariñado, le parecía preferible á la del casado más dichoso.

Fiel á una famosa teoría del gusto, complicada con un principio moral en desuso, aseguraba que la fruta, cuanto más prohibida, es más sabrosa, y que era una solemne tontería cultivarla para uno mismo... y para los demás en jardín propio, cuando podía uno hartarse en el cercado ajeno.

Porque el marqués era un calavera de marca mayor, lo cual le valía la estimación de las mujeres y la vigilancia recelosa de los maridos.

Las nobles mamás que tenían hijas casaderas dirigían fervientes plegarias á Santa Rita y á toda la corte celestial para la conversión de aquel pecador empedernido, que sin su aversión á la epístola de

San Pablo, hubiera podido ser el más perfecto de los hombres.

El pasado invierno asistió al baile con que una familia aristocrática celebraba el casamiento de la sexta hija. Su aparición fué saludada con un murmullo general de simpatía entre el bello sexo.

Momentos después detúvose, como fascinado, ante una mujer hermosísima.

Era alta, esbelta, de porte distinguido, de fisonomía expresiva. En su hermosa cabeza griega llamaban particularmente la atención el pelo, negro, abundante, sedoso, ligeramente ondulado, y los ojos, unos rasgados ojos de fuego, negros también, grandes, dulces y profundos.

— ¿Quién es esa mujer?, preguntó el marqués á un amigo que la acababa de saludar.

Éste le miró sonriéndose.

— ¡Cómo! ¿No la conoces?.. Es la señora de aquel hombrerito que gesticula al lado del piano, hablando con el general Rodríguez.

— ¿Cómo se llama?

— ¿Ella?.. Aurora.

— ¿Y él?

— A él le llaman Mercurio, porque se agita como azogado. Es el barón de Tres Arcos, andaluz muy decididor, casado en segundas nupcias con la *bella Aurora*, mujer de humilde cuna, que por escapar á la miseria ha consentido en vivir con un esposo ridículo y una hijastra que parece el pendón de la fealdad. Allí la tienes, sentada á la derecha de su madrastra, tiesa como un huso y melancólica como una cigüeña... La corona de baronesa ha resultado de *dublé* para la pobre Aurora, pues Mercurio vive atrapado y busca con la actividad y la energía de la desesperación un novio para la *niña*, que ha cumplido veinticinco años y arde en deseos de casarse. El hombrerito no perdona medio para ver si pesca un yerno rico y noble, sobre todo rico, que le saque de apuros. Es tan atroz, que no hay soltero ni viudo que se atreva á frecuentar su casa, por temor de verse brindado con la chica.

— ¡Pobre mujer!, murmuró el marqués mirando á Aurora. ¡Qué triste vida será la suya!.. Preséntame.

Aquella fiesta pasó para el marqués con la rapidez de un sueño. A fin de poder bailar con Aurora, invitó á Matilde, su hijastra, con la cual hizo el sacrificio de dar un par de vueltas. Pero ¡qué desquite cuando la hermosa baronesa le concedió un vals!

Deseoso de volverla á ver, se hizo presentar á Mercurio, de quien escuchó la interminable historia genealógica de los Tres Arcos, que se perdía en la noche de los tiempos.

Después de todo, se consideró suficientemente compensado cuando, al despedirse, el andaluz le declaró que sentía por él una profunda simpatía y le suplicó que le honrara asistiendo á sus lunes.

— Reuniones de confianza, sin pretensión ninguna, dijo el barón. Jugamos al tresillo, y la gente joven hace un rato de música. La cuestión es pasar el rato en familia.

— Y el rato debe pasar volando en compañía tan agradable, contestó el marqués.

Al día siguiente Mercurio no cabía en sí de gozo, y Matilde daba tregua á su acostumbrado mal humor para mostrarse esperanzada y risueña. En cambio, Aurora parecía preocupada.

De sobremesa, á la hora de almorzar, el andaluz desarrolló sus planes.

— ¡Qué chico tan simpático es ese marqués!, dijo con una sonrisa de triunfo. Ahí tienes, Matilde, el marido que te conviene. No le dejemos escapar. Es joven, guapo, rico, más rico que nosotros, indudablemente; pero en punto á nobleza, le he demostrado por A más B que los Tres Arcos arrancan de más antiguo que los Fonseca... Hay que pedir un nuevo crédito á la modista para que Matilde pueda estrenar el lunes un vestido de sensación... Repasa el aria de la *Favorita*, que parece escrita para tu voz... Será de gran efecto el *mío Fernando*, porque éste es el nombre del marqués... Pero, Aurora, ¿nada dices tú á eso?..

Matilde interrumpió con acritud:

— Quizá á mamá no la entusiasme la idea de verme marquesa.

— Pienso, dijo tristemente Aurora, que esa tentativa fracasará como tantas otras, porque todo el mundo sabe que estamos arruinados, ó poco menos.

— Esta vez es preciso triunfar, dijo resueltamente Mercurio.

El marqués asistió á los lunes de los Tres Arcos, sin faltar una sola semana. Llegaba de los primeros y se retiraba de los últimos. Indiferente á cuanto le rodeaba, no veía ni escuchaba á nadie más que á Aurora, por la cual sentía una pasión vehemente.

El recuerdo de las deliciosas horas pasadas cerca de su ídolo, llenaba su existencia durante los días en que esperaba el siguiente lunes para volver á embriagarse de amor escuchando la voz dulce y penetrante de la baronesa, en cuyos ojos negros y profundos se precipitaba su alma como en un abismo.

Mercurio era hablador é indiscreto, pero no tenía pelo de tonto. No se hacía grandes ilusiones acerca de las cualidades de su hija, y no tardó en observar que la hermosura de Aurora había subyugado al marqués.

No era este el desenlace que esperaba. Por tanto, su viva imaginación de andaluz ocurrente se echó á buscar otro recurso.

Por su parte, la baronesa pensaba en Fernando más de lo conveniente y lícito. En su hogar, turbado por intestinas luchas y cotidianos apuros, no hallaba ningún aliciente para su espíritu. Comparaba su existencia con la que hubiera podido proporcionarle un hombre como el marqués. Conocía á su marido lo suficiente para adivinar que tramaba algo contra Fernando, y quería á éste demasiado para tolerar que su hijastra, de quien era odiada cordialmente, se hiciese dueña del hombre que se había apoderado de su corazón.

Resuelta á impedir que se cometiese una indignidad con el marqués, se dispuso á rogarle que suprimiese sus visitas.

Mas ¿qué pretexto tomar para ello? En manera alguna quería descubrir la trama de su marido. Por otra parte, no había podido disimular sus profundas simpatías por Fernando. Lo mejor, lo más noble, era suplicarle que no volviese, porque en su presen-

oportunidad para dirigirle aquella súplica. Fernando la interrumpió á las primeras palabras:

— Usted no habla en serio, Aurora. Yo la quiero á usted demasiado para renunciar á la dicha de

Abrióse la puerta y Mercurio entró con aire regocijado. Tendió la mano al marqués y le dijo:

— He oído... ¡oh!, sin querer, las palabras que usted acaba de pronunciar, señor marqués. Había



BARCELONA. — El entierro del obispo Dr. D. JOSÉ MORGAGES Y GILI. Paso del cortejo fúnebre por la plaza de Santa Ana (de fotografía instantánea de F. Laureano)

verla. ¿He faltado, acaso, á las consideraciones que le debo? Seguiré siendo reservado y respetuoso. Jamás pronunciaré una sola palabra que pueda ofenderla. ¡Juro no hablarle nunca de mi amor!

Estaba tan cerca de ella, que al soplo de su aliento y al fuego de su mirada le subió como un vapor de embriaguez á la cabeza.

Fernando continuó:

sospechado ese amor profundo y respetuoso, y adivinó la gracia que pedía usted á mi esposa. Su petición nos honra en extremo. De usted es la mano de Matilde.

Fernando quiso protestar y huir del lazo en que caía. Pero ¿qué decir? ¿Qué explicación dar á sus palabras de amor? ¿Y cómo justificar el sonrojo de Aurora y la confusión de ambos?

La idea de ver comprometida por su causa á aquella mujer inocente, á quien tanto amaba, lo con- tuvo, haciéndole aceptar súbitamente el más heroico de los sacrificios.

Sin despegar los labios, estrechó la mano que el andaluz le tendía.

La boda desconcertó á todo el barrio, dando mucho que hablar á las comadres de la aristocracia madrileña.

El marqués, que tiene sus ribetes de filósofo, se consuela de la fealdad de Matilde con la belleza de Aurora.

JUAN B. ENSEÑAT.

NUESTROS GRABADOS

El entierro del obispo de Barcelona Dr. D. José Morgades y Gili — Pocas manifestaciones de duelo tan grandes, tan imponentes y tan sentidas ha presenciado nuestra ciudad como el entierro del que fué sabio y virtuoso prelado de esta diócesis, verificado en la mañana del día 11 de los corrientes. Barcelona entera, representada por sus autoridades, por todas las corporaciones oficiales y particulares y por todas sus clases sociales, desde las más elevadas á las más humildes, acompañó los restos mortales del ilustre obispo; y el pueblo en masa se asoció á la fúnebre ceremonia contemplando con religioso recogimiento y con muestras de sincera emoción el paso del cadáver del que fué en vida padre amantísimo de todos sus diocesanos. De distintas comarcas catalanas, sobre todo de Vich, diócesis que guardará eterno recuerdo del gobierno del Dr. Morgades, y de Villafranca, cuna del prelado ilustre, vinieron importantes representaciones á rendir el último tributo al que tanto hizo por nuestra tierra, al que enaltecíó á nuestra patria, á España, enaltecíendo á una de sus regiones más importantes. El cardenal Casañas, obispo de la Seo de Urgel, el arzobispo de Tarragona y los obispos de Vich, Lérida y Perpignan asistieron también al entierro. Mucho debe Cataluña al restaurador del monasterio de Ripoll y fundador del Museo Arqueológico vigitano, pero la demostración de cariño y d



BARCELONA. — El entierro del obispo Dr. D. JOSÉ MORGAGES Y GILI. Paso del cortejo fúnebre por la plaza de San Jaime (de fotografía instantánea de Cuspín)

cia sentía vacilar su virtud y quería evitar el peligro de una falta irreparable.

Una tarde presentóse el marqués en casa de los Tres Arcos. La baronesa estaba sola y aprovechó la

— Déjeme usted creer que también me ama un poco; deje que la contemple. Yo la amo con un amor tan respetuoso como profundo. Concédame usted la única gracia que le pido.

— Déjeme usted creer que también me ama un poco; deje que la contemple. Yo la amo con un amor tan respetuoso como profundo. Concédame usted la única gracia que le pido.

ATENEAS
MUSEO
MADRID



A. Tolosa

PAISAJE, cuadro de Aurelio Tolosa. (Salón París.)



BORDADORAS DE CASULLAS, cuadro de Eugenio Alvarez Dumont. (Exposición Robira, calle de Escudillers.)

NEU DE
MOTEGA
ADRID

E. Alvarez Dumont
1898

respeto que le ha tributado con motivo de su fallecimiento es la mejor prueba de que las mercedes sembradas por el prelado bondadoso han producido el fruto que más podía satisfacerle, el de la gratitud. El recuerdo del Dr. Morgades vivirá eternamente en la memoria de los catalanes y Cataluña le contará en el número de sus más preclaros hijos.

Placas conmemorativas de la Exposición Universal de París de 1900.

— La placa grabada por Roty, que por su belleza y perfecta ejecución contribuirá sin duda a aumentar la justa fama alcanzada por los grabadores de medallas francesas, está destinada a todas las personas que, por cualquier concepto, han contribuido al buen éxito de la exposición, al alto personal administrativo, a los miembros de los numerosos jurados de recompensas, etc. El anverso lo forma una hermosa composición que representa a Francia sentada al pie de un roble en actitud de desaliento; el Amor, de pie delante de ella, la consuela, la anima y le pone en la mano una antorcha encendida, la antorcha que ilumina al mundo. En lo alto, en la parte libre del campo y debajo de las fechas 1801-1900, se lee esta frase latina: *Lumen ventaris tradit moritura perenne*. En el reverso se ve una rama de laurel en un cielo nublado y una perspectiva de la exposición desde la avenida de Nicolás II.

La otra placa que reproducimos, admirablemente grabada por Pedro Vernón, se entregará como premio a los vencedores de los distintos concursos deportivos verificados durante la exposición. En el anverso hay, en un estadio antiguo, el vencedor, soberbiamente colocado, que ostenta en su mano la palma del triunfo; en la parte inferior y junto a dos ramas de laurel y de roble enlazadas se lee el nombre del género de deporte a que la placa sirve de premio. En el reverso, una figura de la Fama, que vuela sobre un panorama de la exposición, distribuye las coronas que ostenta en sus manos.

Cabeza en bronce de Constantino el Grande, recientemente descubierta en Nisch (Servia).

— La inscripción explicativa que se ha puesto a este busto al instalarlo en el Museo Nacional de Belgrado dice textualmente: «Esta cabeza de bronce ha sido encontrada en 25 de agosto de 1900, en ocasión de construirse un nuevo puente sobre el Nischawa, en las fortificaciones de Nisch, en la orilla derecha del citado río y a una profundidad de 7'50 metros.» El profesor Wassitsch, de la capital de Servia, afirma, fundándose en sus estudios e investigaciones, que se trata de un busto de Constantino el Grande que, por las señales conservadas en las orejas, debió ser dorado en su origen. El cabello está peinado cuidadosamente y la diadema se compone de unas piezas cuadradas que alternan con frutos de laurel y de olivo y ostenta en su



Cabeza en bronce de CONSTANTINO EL GRANDE, recientemente descubierta en Nisch (Servia)

centro un medallón. La cabeza está bastante bien conservada y sólo presenta algunos desperfectos en la región del vértice. Las pupilas están plásticamente trabajadas y las cejas indicadas por medio de líneas. Mirada de perfil, la cara presenta la misma imagen que las conocidas monedas de Constantino el Grande, quien nació en Nisch, la antigua Naissus, en el año 274 después de Jesucristo. Junto a esta cabeza se encontraron pequeñas monedas y pedazos de metal que han sido también depositados en el citado museo.

Tipo aschanti, escultura de Agapito Vallmitjana Abarca. — Discípulo de su buen padre D. Venancio, es el Sr. Vallmitjana Abarca continuador de la gloriosa fama que ha sabido conquistarse el que con justicia puede titularse maestro. Ciertamente es que no le aventaja, pero las varias obras que adornan las vías públicas ó sirven de preciado adorno de algunas moradas suntuosas demuestran que este joven cuanto inte-

ligente artista puede ostentar un apellido ya ilustre en el arte escultórico español. *Tipo aschanti* es digna compañera de sus obras *El cazador de leones*, *En acecho* y otras más, que tanto llaman la atención de los inteligentes, puesto que revelan ex-



Placa conmemorativa de la Exposición Universal de París de 1900, grabada por Oscar Roty



Placa que ha servido de premio en los concursos de deportes de la Exposición Universal de París de 1900, grabada por P. Vernón



cepcionales aptitudes para el cultivo de un género especial que exige habilidad, maestría y estudio. En el grupo a que nos referimos preséntase el artista vigoroso y fácil, cual si las saludables enseñanzas de su padre y maestro se confundieran con el concepto de un modernismo discreto y razonado, que embellece las creaciones sin menoscabo de la realidad.

María Alicia de Borbón.—Las guerras dan ocasión a crímenes y crueldades sin cuento, pero también ponen de manifiesto actos de abnegación y de amor al prójimo dignos de las mayores alabanzas. Bien puede calificarse de acto de esta naturaleza el realizado por doña María Alicia, hija del pretendiente a la corona de España D. Carlos de Borbón: abandonando las comodidades que su posición le permite disfrutar, ha partido recientemente como enfermera a China, en donde su hermano D. Jaime lucha como oficial del ejército ruso. D.^a María Alicia nació en Pau en 1876 y en 1897 se casó con el príncipe Federico de Schoenburg-Waldenburg, que nació en 1872, abrazó el catolicismo en 1895 y es camarero de capa y espada de S. S. el Papa León XIII y caballero honorario de la orden de Malta.



MARÍA ALICIA, hija de D. Carlos de Borbón, que ha ido a China como enfermera

El regazo materno, estudio al pastel de José Mentessi.— La nota dominante de este cuadro es el sentimiento, la expresión del amor más grande, del amor materno. El notable pintor italiano José Mentessi ha sabido dar a su composición un ambiente de cariño que emociona profundamente, y el interesante grupo que forman esas dos figuras amorosamente enlazadas produce una de esas impresiones que difícilmente se borran, porque hay en él una sinceridad que cautiva realizada por una ejecución admirable.

D. Juan Antonio Cuervo, retrato pintado por Goya.— Cuando no hace mucho tiempo se celebró en Madrid la exposición de obras de Goya, nuestro querido colaborador Sr. Balsa de la Vega publicó en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA un notable artículo crítico sobre del eximio pintor aragonés que de tan grande y tan justa fama goza en el mundo del arte. En aquel trabajo, que se insertó en el número 972 de esta revista, se estudiaba detenidamente la personalidad del inmortal autor de los «Caprichos» y se señalaban sus excepcionales aptitudes para cultivar los más diversos géneros, y como en él se hablaba extensamente de Goya como retratista, a lo que dijo entonces el distinguido crítico nos referimos con motivo de reproducir hoy en nuestras páginas el magnífico retrato de D. Juan Antonio Cuervo, que como preciosa joya se guarda en la Academia de San Fernando de Madrid.

Paisaje, cuadro de Aurelio Tolosa (Salón París).— El bellísimo paisaje acuático de Aurelio Tolosa es altamente recomendable y digno compañero de los que produce, avalorados todos ellos por cierta vaguedad que les presta poético encanto. Conocidas son sus aptitudes y merecida la fama de que goza como distinguido paisista. Amante del país que le vio nacer, busca en nuestras encantadoras campiñas, en las abruptas montañas, en las poéticas selvas, en donde la naturaleza se presenta embellecida con los más ricos atavíos, ancho campo a su observación y medios en que manifestar su inteligencia. El lienzo que reproducimos en estas páginas recomiéndase por su delicada ejecución y por la frescura del colorido, que produce contrastes que sorprenden y cautivan, tales como los bien entendidos reflejos de los árboles en el agua y la enmarañada red de ramas y hojas de la arboleda, que ha interpretado el artista con tanta galanura como fidelidad.

Bordadora de casullas, cuadro de Eugenio Alvarez Dumont (Exposición Robira).— No se trata de una obra que entrañe un concepto social ó destinada a avivar el sentimiento. Lejos del ánimo del artista poner de manifiesto algo de cuanto pueda significar psicológicamente nuestra época ó las que pasaron. No ha sido tal el propósito que ha perseguido. Su aspiración se ha limitado a reunir una variedad de elementos, a disponer un conjunto que se prestara a poner de relieve belleza en las líneas y encanto en la coloración. La dis-

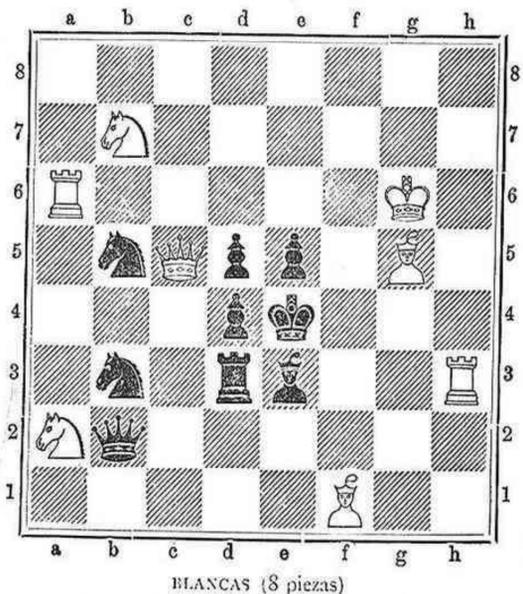
posición de todas y cada una de las figuras y los diversos por menores que complementan el cuadro, revelan maestría, habilísima ejecución y exquisito gusto, circunstancias no comunes y que aun sin expresar la obra, según indicamos, un concepto

que se armonice con los cánones de la pintura moderna, significan en quien las posee que se separa de la vulgaridad y que por lo tanto, cuando al arte se refiere, merece distinguido lugar entre aquellos que contribuyen a sostener el buen nombre y las tradiciones artísticas de nuestra patria.

Arrieros, dibujo original de Enrique Estevan.— A la galantería de nuestro distinguido colaborador Sr. Estevan debemos la ocasión de poder reproducir en estas páginas el interesante estudio titulado *Arrieros*, dibujado con singular acierto, ya que es trasunto fidelísimo del natural. Evidentes son los adelantos y progresos realizados por este artista en un período relativamente breve, pues aparte de sus cuadros y composiciones de carácter militar, género en el cual ha logrado distinguirse, cultiva con señalado aprovechamiento las composiciones que retratan los tipos y costumbres de los campesinos de las provincias centrales, conforme lo atestigua el dibujo a que nos referimos.

Los grandes artistas han adoptado, así para la ciudad como para el teatro, la CREMA SIMÓN, cuyo agradable empleo reemplaza ventajosamente al antiguo cold-cream; rehúsen las imitaciones.

AJEDREZ
PROBLEMA NÚM. 225, POR G. E. CARPENTER



Las blancas juegan y dan mate en dos jugadas.

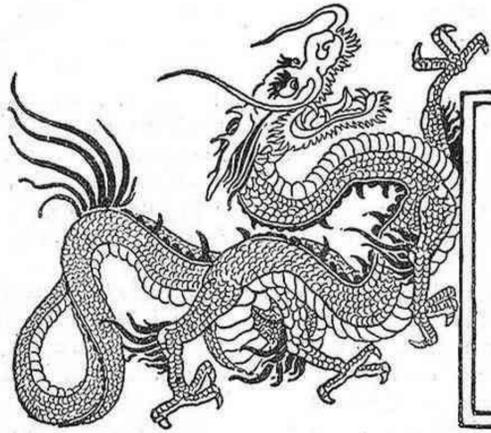
SOLUCIÓN AL PROBLEMA NÚM. 224, POR FR. DUBBE.

- | | |
|------------------|----------------|
| Blancas. | Negras. |
| 1. Ce8-f6 | 1. P toma T |
| 2. Df1-f4: jaque | 2. Cualquiera. |
| 3. C6A mate. | |

VARIANTES

- | | |
|-------------------------------|------------------------|
| 1..... R toma T | 2. Df1-d3: jaque, etc. |
| 1..... Ae3-f2g1: | 2. D toma A, etc. |
| 1..... f4-f3, | 2. Td6-c6 jaque, etc. |
| 1..... Otra jug. ^a | 2. Df1-f4: jaque, etc. |

Para tener un precioso cutis y una piel suave como raso, usad sólo la verdadera AGUA GORLIER y los POLVOS DE ARROZ LA FAVORITA.



CHINA
USOS, COSTUMBRES Y DESCRIPCIONES GEOGRAFICAS
POR
E. VON HESSE-WARTEGG



Innumerables son asimismo las curiosas casas flotantes chinas que se encuentran en el río de las Perlas, y que vistas desde lejos parecen pantuflas que flotan: de aquí el nombre de botes-pantuflas con que se las designa. Por millares se cuentan las embarcaciones de esta clase que cubren el citado río; y por millares también las que están ancladas en Cantón junto á las orillas: la población que en unas y en otras vive se eleva á cientos de miles de habitantes. Cada uno de estos barcos alberga una ó varias familias. La popa de estos botes carece de cubierta y sirve para los remeros, y debajo del sitio que éstos ocupan están los compartimientos para los comestibles, bebidas y enseres domésticos; allí viven también cerdos, patos, gansos y hasta chiquillos. Cuando los padres están en su trabajo ó cuando hay que transportar en el bote algún pasajero, toda aquella chiquillería y aquellos animales que por todas partes molestan y estorban son encerrados en las oscuras despensas. La popa de la embarcación hállase resguardada por un toldo á modo de tonel yabierto por detrás, compuesto de una armadura con tablas ó esteras por encima: debajo de este toldo hay unos bancos largos que los habitantes de la embarcación utilizan de día como asientos y de noche les sirven de camas. El río es el mundo en donde habitan estas gentes que incesantemente van de un lado á otro con sus embarcaciones sin preocuparse en lo más mínimo de los juncos ni de los vapores europeos, á los cuales á menudo estorban el paso. Los timoneles de estos buques han de hacer funcionar continuamente el silbato de vapor para avisar á esos botes que se aparten, y junto á los diques, en donde se reúnen centenares de aquellas embarcaciones empujándose para pasar por los portillos que apenas tienen 40 metros de ancho, algunas de ellas se van con frecuencia á pique. Estas casas flotantes buscan de intento el paso de los grandes vapores, y con gran peligro de zozobrar cruzan por delante de ellos á dos ó tres pasos de su afilada proa: según me dijo el capitán del *Hankau*, aquellos hombres supersticiosos creen que esta maniobra les da buena suerte. Lo que más especialmente llamó mi atención en mi primera excursión por el río de las Perlas fueron los jirones de tela encarnada y las tiras de papel del mismo color que todos los botes y todos los juncos llevaban colgados en los mástiles, en la popa y en las bordas; además, en la proa de cada barco ardían gran número de *jos-sticks* (palos perfumantes), y los tripulantes que disponían de un gongo golpeabanlo sin cesar como locos, con el propósito de ahuyentar á los malos espíritus. Precisamente había entonces en Cantón y en los pueblos vecinos la peste bubónica, plaga espantosa que causaba diariamente millares de víctimas, y los chinos no conocían mejor manera de combatirla que espantar á los espíritus malignos, causantes de ella, por los medios indicados.

Confundidos entre los sampanes y los botes de pesca, surcaban de un lado á otro del río centenares de juncos, grandes y pesados cajones con alta proa y popa todavía más alta, embadurnados con colores chillones y adornados con mascarones grotescos pintados en los costados. Las paredes laterales de estos barcos no se juntan en el timón, como en los nuestros, sino que se prolongan en línea recta, sobresaliendo del timón un metro ó más: en esta hendidura va colocado el timón con una serie de cortes verti-

cales por los cuales pasa el agua cuando aquél funciona. En el pesado mástil, en el que ondean trapos de varios colores, no hay generalmente más que una vela grande, no de lona, sino de estera de junco con varias costillas en forma de abanico, que al desplegarse la vela se sueltan como las varillas de éste cuando se rompe el botón que las sujeta. Los innumerables agujeros y remiendos que se ven en esas velas atestiguan no sólo la vejez de las mismas, sino que también la violencia de las tempestades que aquellas embarcaciones han de resistir en las aguas chinas, especialmente en la época de los tifones. Algunos juncos ostentan en la proa un horrible mascarón toscamente esculpido, y todos llevan también junto á la proa dos colosales ojos redondos de pescado, que dan al barco el aspecto de espantoso monstruo marino. En Cantón pregunté á un chino el por qué de este extraño adorno, y en el inglés chapurrado que en el lejano Oriente sirve para entenderse mercantilmente los europeos y los chinos, me contestó: «*No got eye, no can see; no can see no can go.* (Si no tuviera ojos, no vería; y si no viese, no podría andar).»

Muchos de estos juncos, denominados *tchuanh* en lengua china, están destinados al servicio de pasajeros entre Cantón y las ciudades de la costa, como Formosa, Hainau y hasta Singapore y las islas de la

grandes banderas rojas y blancas que en lo alto de sus mástiles flotan, indican desde lejos su presencia á los contrabandistas, los cuales tienen tiempo sobrado para escapar á su persecución.

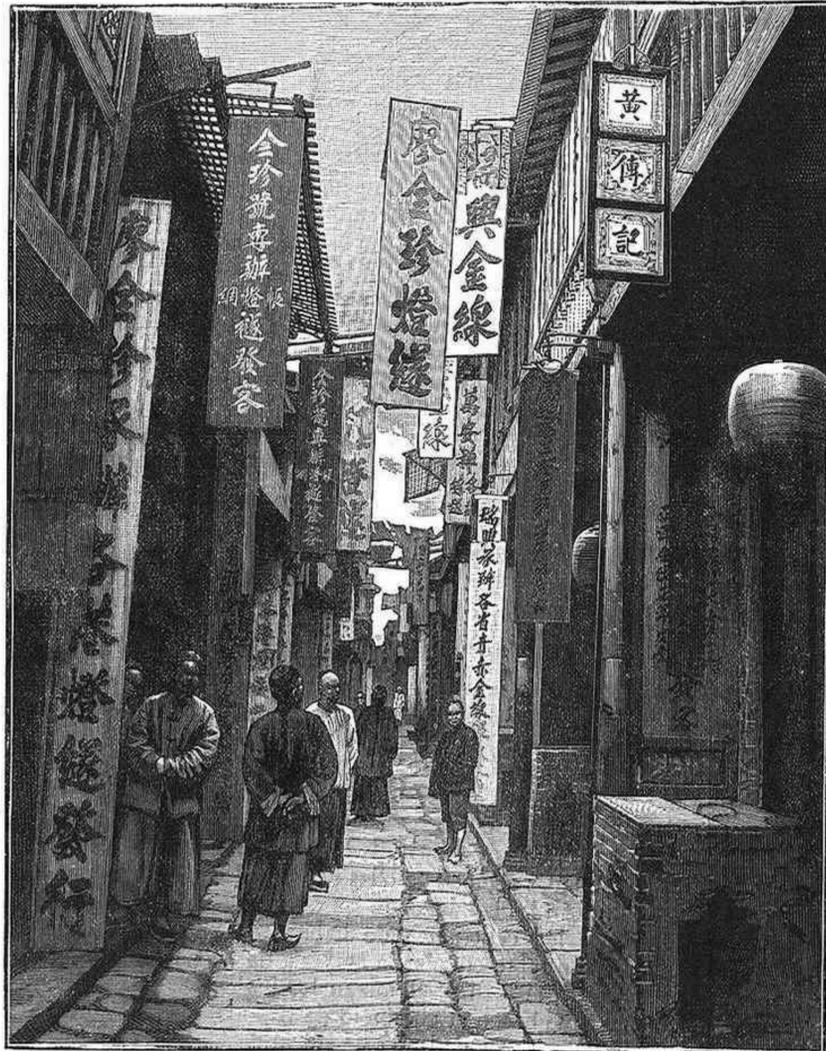
Por el río de las Perlas navegan sesenta clases distintas de juncos, muchos de los cuales, los que son propiedad de chinos ricos, están en perfecto estado de limpieza y ostentan esculturas y dorados preciosos. Nada tan pintoresco como estos grandes barcos, siempre adornados como para una boda con flámulas y banderas de todos colores, que no se ven más que en China y que constituyen una de las mayores curiosidades de aquel país. Para el tráfico de pasajeros entre Hong-Kong y Cantón, y aun más arriba hasta Shaoking, se utilizan unos barcos especiales que los europeos designan burlescamente con el nombre de «vapores chinos:» precisamente nos encontramos al paso con uno de ellos, y en poco estuvo que no chocáramos. Aquella embarcación era de forma parecida á los vapores europeos; pero en vez de las dos ruedas de paletas laterales que éstos llevan, llevaba una sola rueda en la popa por el estilo de las que tienen los famosos *Stern wheelers* del Ohío y del Mississipi, que tan á menudo hube de utilizar en mis viajes por América; pero aquella rueda, en vez de estar movida por fuerza de vapor, era manejada á fuerza de brazos. En efecto, delante de

la misma, debajo de cubierta, hay otra gran rueda que incesantemente impulsan, andando sobre ella, unas dos docenas de culis semidesnudos y cubiertos de sudor. Antiguamente estos vapores, para producir en los pasajeros chinos una ilusión completa, llevaban en medio de la cubierta una alta chimenea negra, debajo de la cual encendían un fuego de leña húmeda para que el humo se viera desde lejos. En estos últimos años la chimenea ha desaparecido, pero subsisten las ruedas, medio de locomoción muy económico, pues todo pasajero que se presta á moverla tiene pasaje gratis: no hay que decir que gracias á esta concesión el número de los que para tal faena se ofrecen es doble ó triple del que los dueños del barco necesitan para ponerlo en movimiento.

La única estación en que nos detuvimos en la travesía á Cantón fué la vieja Whampoa, antiguo puerto mercantil de aquella ciudad, puesto que hasta ella podían llegar los grandes buques marítimos. En las alturas inmediatas á Whampoa álzase dos vetustas pagodas de cuatro pisos, que constituyen dos detalles sumamente pintorescos en los preciosos alrededores del que en otro tiempo fué puerto universal y son además los distintivos característicos de aquella población. Whampoa ha perdido, hace mucho tiempo, su esplendor y su riqueza, y en lugar de la antigua ciudad floreciente, encuéntrase hoy una pobre aldea de pescadores que los aduaneros denominan en tono de burla «la ciudad de los bambúes.» Los docks y astilleros de reparaciones que allí tenían los europeos fueron ven-

didados al gobierno chino, el cual los ha destinado á arsenales para reparar y armar sus cañoneros y torpederos. También hay una escuela naval.

Mientras el vapor que nos conducía permanecía inmóvil en medio de la corriente y algunos botes procedían al embarque y desembarque de pasajeros, atrajo mi atención un espectáculo en extremo pintoresco. Procedente de Cantón avanzaba hacia nosotros una flotilla compuesta de unas doce lanchas, que vistas desde lejos me hicieron el efecto de un



UNA CALLE DE CANTÓN

Sonda; otros sólo hacen el tráfico de mercancías ó se dedican al contrabando, que allí se ejerce en gran escala. Para evitar el contrabando posee la administración de aduanas varios cañoneros de mucho andar, mandados por oficiales europeos. También los chinos tienen en el río de las Perlas algunos de estos barcos para perseguir á los piratas, á los cuales dan caza cuando pueden: estos cañoneros chinos no son otra cosa que juncos comunes con un cañón en la popa, tripulados por una docena de hombres; las

cortejo carnavalesco como los que suelen organizarse en Colonia. ¿Serían aquel día las carnestolendas chinas? Pintadas con fantásticos colores, llenas de estandartes, de banderas triangulares y cuadradas, de flámulas de todos colores y de tiras de papel encarnado, ofrecían aquellas embarcaciones un aspecto extravagante. El bote que iba delante era el más ricamente adornado: ondeaba en su mástil la amarilla bandera imperial con el dragón azul, y de su interior salían las notas de una música extraña confundidas entre golpes estrepitosos de gongo; en la cubierta había varios soldados con túnicas azules y círculos encarnados en el pecho y en la espalda, y debajo de un dosel de colores abigarrados estaba sentado y fumando un elevado mandarín. Este bote oficial iba escoltado por varios cañoneros y juncos que ostentaban igual profusión de banderas. Según me dijo el comprador chino del buque en que yo iba, aquel mandarín era un gobernador que estaba realizando un viaje de inspección por la provincia de su mando.

Pero esta procesión fantástica no es nada, comparada con las que en las grandes ciudades, y especialmente en Cantón, se celebran en determinadas épocas con motivo de la fiesta del Dragón, especie de carnaval acuático que data del siglo II antes de Jesucristo y que desde hace dos mil años se repite anualmente. Durante mi estancia en Cantón pude presenciar una de estas fiestas, ordenada por el gobernador de la provincia para ahuyentar á la peste bubónica. La decoración fantástica de estas embarcaciones en forma de dragón y de veinte y hasta treinta metros de largo, es de descripción imposible. Entre ruidos estrepitosos, golpes de gongo, gritos, cantos y disparos de fuegos artificiales, estos barcos, iluminados con luces de bengala y empujados por cincuenta ó sesenta remeros, muévense de un lado á otro en medio de millares de sampanes y botes-pantufias iluminados con faroles, y en las regatas que á veces emprenden entre tanta confusión suelen ocurrir graves accidentes desgraciados.

Al poco rato abandonamos Whampoa, pasamos el último dique, siempre á riesgo de volcar algunas de las embarcaciones cada vez más numerosas que junto á nosotros navegaban, y al fin distinguí á lo lejos, entre los innumerables mástiles de aquel río, el más animado del mundo, los edificios de Cantón, la ciudad de dos millones de habitantes, por encima de los cuales asomaban las dos torres de la catedral católica. Instintivamente aparté los ojos del pintoresco espectáculo del río para fijarlos, lleno de admiración, en aquellos símbolos del cristianismo que en medio de aquel mundo extranjero y pagano traían á mi memoria el emocionante recuerdo de la civilización cristiana.

CAPÍTULO IV

CANTÓN

Álzase esa ciudad colosal á ambos lados del animado río; sus casas se extienden desde la orilla muchos kilómetros tierra adentro, ocupan toda la llanura, ascienden luego por las vertientes de las montañas del Oeste y desaparecen por último entre los árboles de aquella región extraordinariamente fértil y admirablemente cultivada. Pero en vano busca allí nuestra mirada notables obras arquitectónicas, templos, palacios, torres: las ciudades chinas no conocen esta clase de adornos. De trecho en trecho, alguna vieja pagoda de varios pisos elevase aislada por encima de aquel mar de tejados grises, uniformes, de igual altura todos; de cuando en cuando surgen sólidas torres cuadradas de ladrillos grises, semejantes á los torreones de los castillos feudales; pero estas torres no son otra cosa que casas de empeño, que en China representan un papel importante. El único edificio verdaderamente notable de aquella antiquísima capital china que distinguimos desde algunas millas de distancia y que constituye el distintivo de la ciudad, es la mencionada iglesia gótica con sus dos altos campanarios, el templo del obispo católico de Cantón.

Los silbidos de nuestro vapor habían atraído centenares de sampanes que salían á nuestro encuentro y por entre los cuales difícilmente conseguimos abrirnos paso hasta el fondeadero. Llevábamos á bordo un millar de viajeros chinos, y los patrones de los sampanes rodeaban con sus embarcaciones en varias filas nuestro buque para disputarse la conducción de los pasajeros. Pretender desembarcar en medio de aquella gritería y de aquella confusión habría sido intento vano para nosotros, los europeos; así es que permanecimos una hora sin saltar á tierra, contemplando aquel tumultuoso espectáculo que á nuestros pies se desarrollaba. La mayoría de los sampanes iban tripulados por mujeres y muchachas; cubiertas

las piernas por holgados pantalones azules que les llegaban hasta media pantorrilla y el cuerpo por una camisa de color azul obscuro sin mangas, sin nada en la cabeza y con los pies descalzos, empuñan con vigoroso brazo los remos de las pesadas embarcaciones, que son á la vez su vivienda y el único medio para ganarse el sustento. Estos botes llevan á proa y á popa una cubierta, en la que se colocan los remeros, quienes con habilidad suma maniobran por entre las demás barcas valiéndose de las pértigas y de las manos. En el centro de cada sampán hay dos bancos resguardados del sol y de la lluvia por un toldo redondo de madera: en ellos se sientan los pasajeros y duermen de noche los tripulantes. En la parte de proa se lava y se trabaja; en la de popa se guisa y se come. Durante todo el día recorren aquellas gentes la corriente ancha y amarilla del río de las Perlas en busca de trabajo, y al llegar la noche atracan en cualquier punto de la orilla, en medio de millares de otros botes análogos, y se entregan allí al descanso. Y esto sucede un día y otro día, un año y otro año, desde su infancia hasta su muerte. Sólo muy raras veces pasan de las murallas de Cantón.

La llegada de los grandes vapores de Hong-Kong les proporciona más trabajo que cualquier otro acontecimiento; de aquí los estrujones de aquellos centenares de botes; de aquí los gritos, los empujones, las prisas, las apreturas que tanto nos mortificaban. Por último, después de larga espera, quedaron embarcados en los sampanes todos los chinos con sus equipajes, almohadas y esterillas, que nunca abandonan aquellos en sus viajes, y nos tocó el turno á nosotros. Largo rato hacía que se nos había acercado una barquera, mujer tiesa y tuerta que no hablaba del todo mal el inglés y que nos mostró una tarjeta del hotel de Shameen; el capitán del buque, que llevaba treinta años de residencia en China, nos la había recomendado como mujer de toda confianza. «Susán» (este era su apodo) hacía muchos años que conducía en su sampán al hotel á la mayor parte de los turistas europeos; en su libro figuraban los nombres de la mayoría de ellos, algunos de personajes célebres, y en Cantón conocía á todo el mundo y todo el mundo la conocía á ella. Su marido estaba hecho un haragán en la ciudad fumando opio, mientras ella trabajaba día y noche; gracias á su laboriosidad había conseguido, á pesar de la mala conducta de su esposo, reunir un capital de algunos miles de dollars. Susán cargóse vigorosamente sobre las espaldas nuestros pesados baúles y los colocó cuidadosamente en su sampán; después nos condujo por una estrecha y movediza palanca á su bote, y empuñando los remos nos llevó, por entre millares de embarcaciones, al canal hasta el pie de la escalera del desembarcadero del hotel. Por todas partes vimos que esos sampanes eran conducidos y gobernados exclusivamente por mujeres; hasta niñas de seis á ocho años remaban con ardor y prestaban buenos servicios en aquellas frágiles embarcaciones.

El hotel de Shameen está situado en la pequeña isla llana del río Cantón, que hace veinte años cedieron los chinos á los ingleses y franceses para que en ella establecieran sus casas de comercio y sus consulados. Esta isla no había sido durante miles de años y hasta que se hizo aquella cesión más que un banco de arena desierto en el centro de aquella capital populosisima; pero han bastado cuatro lustros para que en ella brotara como por arte de magia una de las más bonitas y limpias ciudades europeas de Asia, y en su género casi tan interesante como Cantón. A los europeos les era punto menos que imposible vivir en aquel laberinto de calles estrechas y sucias sobre toda ponderación; de aquí que construyeran en Shameen lindas casas de un solo piso, parecidas á nuestras modernas casas de campo, edificadas en largas filas, rodeadas de bien cuidados jardines y coronadas algunas de ellas por mástiles, en los cuales ondean las banderas de los distintos consulados. Entre los centenares de habitantes que allí residen están representadas la mayoría de las naciones europeas, si bien predominan los ingleses y los alemanes, que hacen el comercio de exportación en grande escala. La ciudad no está sometida á la soberanía de China ni á la de ninguna nación de Europa, sino que constituye una república internacional é independiente en toda la extensión de la palabra. Tiene su teatro, su club, su asociación filarmónica, sus parques, sus jardines, su campo de *lawn-tennis*; pero carece de almacenes y aun de calles al estilo europeo. Un Consejo municipal compuesto de individuos de diversos países está encargado de la administración. Shameen tiene su policía especial, una conducción de aguas y un servicio de incendios propios, todo perfectamente organizado, formando gran contraste con la vecina ciudad de Cantón, que hoy se rige del mismo modo y ofrece el mismo aspecto

que hace mil años. Los habitantes de Shameen, que viven en medio del imperio mogol aislados del mundo exterior, están muy satisfechos con su suerte. Los víveres y demás cosas que necesitan los adquieren parte en Cantón, parte en un almacén organizado al modo de las cooperativas de consumo; en cuanto á las calles á la europea, no las necesitan, porque en todo el Sur de la China no hay un solo coche. El único vehículo que se conoce en Shameen, como en Cantón, es el palanquín.

La isla está cerrada como una fortaleza respecto de la ciudad china; de un lado la separa la ancha corriente del Cantón, en donde siempre suele haber un par de vapores europeos, con frecuencia alemanes; de otro, un canal con las paredes de sus muelles verticales. Los dos puentes que desde una á otra ciudad conducen están cerrados con fuertes rejas de hierro y vigilados por el cuerpo de policía de Shameen y por soldados chinos, como si se temiera á cada momento una sorpresa de los mogoles.

Y en realidad, no fueron pocas en número estas sorpresas en tiempos pasados, y no hace todavía diez años que la plebe furiosa de Cantón se precipitó sobre Shameen é incendió una parte de la ciudad europea. Hablando de la población de Cantón, me dijeron los cónsules que era la más peligrosa de China, por la facilidad con que se enardece y por su fanatismo y odio contra los extranjeros. Todo el mundo me aconsejó que viviera muy prevenido hasta en Shameen, en donde los chinos son menos de temer que en ninguna otra parte; á pesar de esto, dediqué varios días á recorrer los barrios más apartados de la ciudad, acompañado solamente de un chino que hablaba el inglés y se llamaba Ah-Kham, y en parte alguna encontré la menor hostilidad. Las gentes, alguna de las cuales quizás no había visto en su vida un europeo, me miraban con curiosidad, pero contestaban amistosamente á mis saludos. Sin que nadie me opusiera la menor dificultad, entré en el templo de Buda, en la cárcel, en las tiendas y en las casas particulares, convirtiéndose poco á poco en un sentimiento de seguridad completa la inquietud que involuntariamente se apoderó de mí durante la primera media hora de mi excursión por el laberinto de estrechas callejuelas de aquella ciudad de tan mala fama.

Los chinos afirman que la ciudad más grande de su imperio es Cantón, y tal vez lo sea realmente, aunque aquella gente supersticiosa jamás haya hecho un censo de la población, porque entiende que ello sería mal *joss*, es decir, que les traería desgracia. Los datos que acerca del número de habitantes de Cantón se derivan de un cálculo hecho en globo, dan una cifra que oscila entre uno y dos millones y medio. Pero estos datos parciales no interesan á los chinos, porque saben que su territorio está más poblado que todo el inmenso imperio colonial inglés, Rusia, los Estados Unidos y un par de reinos europeos juntos. Algunas de sus provincias cuentan de veinte á treinta millones de habitantes, y muchas ciudades que en Europa no son conocidas ni de nombre, tienen un millón y un millón y medio de almas. De todas estas ciudades, la más grande, sin embargo, es Cantón.

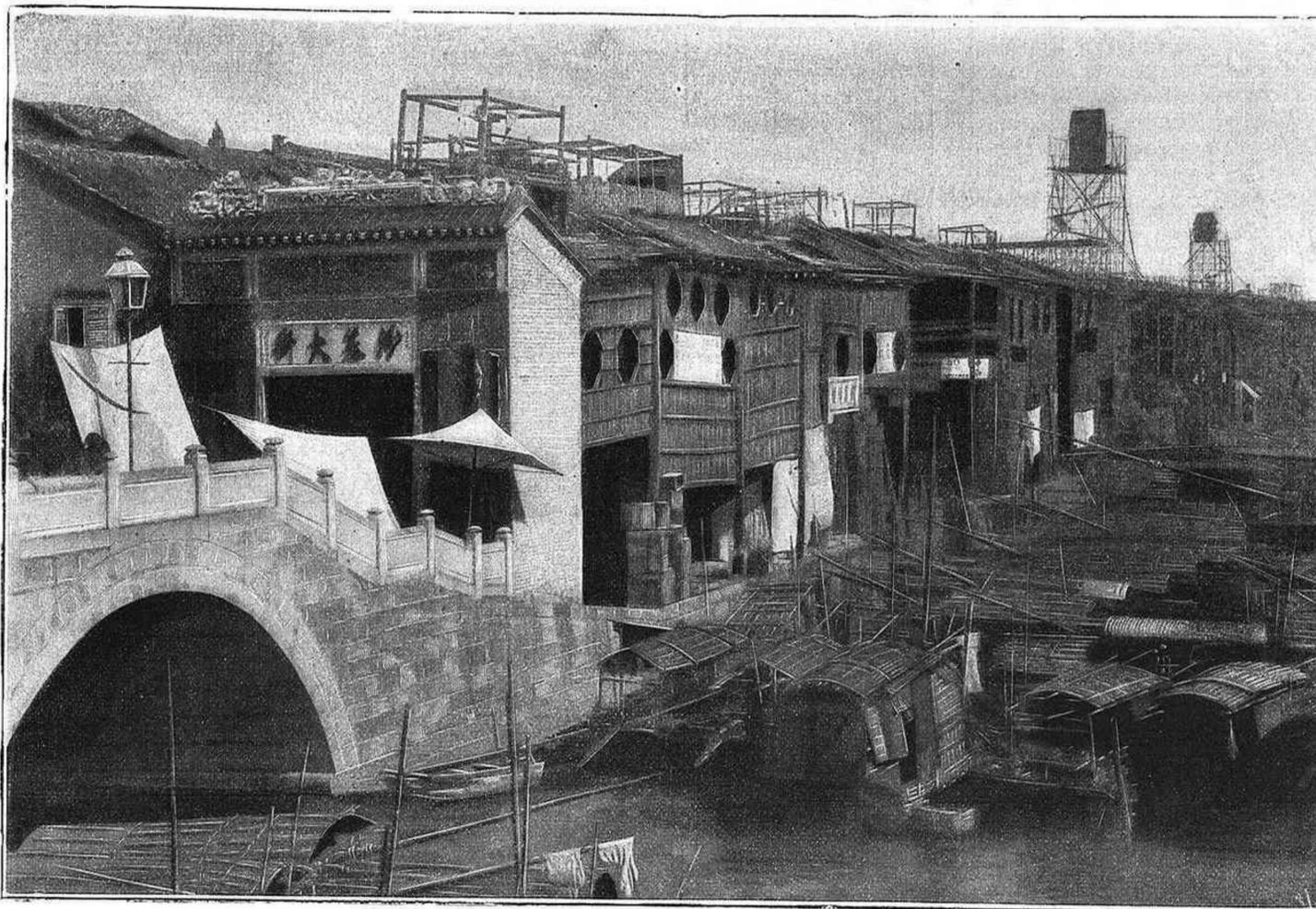
También es la más digna de ser visitada, y no ciertamente por sus monumentos arquitectónicos, edificios, escuelas, museos, fábricas, etc., pues cosas son estas que en ninguna ciudad china se encuentran. Aparte del palacio imperial de Pekín, no hay en todo el imperio chino un solo monumento que por su grandiosidad y lujo pueda compararse con uno de nuestros palacios de alquiler modernos. Los templos son en su mayoría construcciones pobres, desprovistas de todo adorno, en cuyos patios crece la hierba; las casas particulares de los ricos no tienen ninguna apariencia; el gran edificio de exámenes para funcionarios que existe en Cantón parece una ruina; museos no hay, á menos de que como tales se consideren las ciudades mismas; las fábricas son desconocidas, y en toda Cantón no se ve una máquina de vapor, ni una instalación de fuerza hidráulica, ni gas, ni electricidad. Cantón, como todas las ciudades chinas, es hoy lo mismo que era hace quinientos, mil, dos mil y más años; tiene la misma civilización, los mismos usos y costumbres, y únicamente ha aumentado desde entonces en radio y en población: ha crecido, pero no ha progresado. Hace cuatro mil años tenía las mismas monedas que ahora, y lo que hacía y creaba en tiempo de Jesucristo, sigue haciendo y creando en la actualidad: el eterno estancamiento; ni un avance ni un retroceso. China no mira al porvenir; no conoce más que el presente, y aun mejor que éste su pasado.

Como Cantón no posee ninguna de esas cosas notables que interesan generalmente á los viajeros, nuestros modernos *globe-trotters* no la visitan, y á lo

sumo los más animosos le dedican veinticuatro horas; así es que de los millares de turistas que anualmente por ella pasan, ni el diez por ciento se detiene allí un día y no llega al dos por ciento el número de los que permanecen dos días en la ciudad. Y sin embargo Cantón es una capital que, aun residiendo en ella algunos meses, ofrece siempre algo nuevo, porque en ninguna otra parte la vida popular es más animada, interesante, curiosa y extraña; en ninguna otra ciudad como en aquella se puede estudiar más profundamente el modo de ser del mundo mongol, actualmente más grande que el caucásico y tan totalmente distinto de éste, que entre ambos no hay de común más que el nacer, el vivir y el morir. China

da servir de punto de apoyo para la orientación del transeunte. No hay allí plazas públicas, ni bulevares, canales ó jardines, ni tampoco edificio alguno importante; los cientos de miles de casas que se levantan muy apiñadas son todas de construcción y dimensiones casi iguales, y el material en todas ellas empleado son los ladrillos macizos; las piedras angulares de las entradas son de granito y los tejados están cubiertos con ladrillos huecos cocidos sólidamente y unidos entre sí con mortero. En ninguna parte se ven chimeneas. La mayoría de las casas tienen un solo piso, compuesto únicamente de una pieza con puerta á la calle por donde recibe aire y luz, pues ninguna tiene ventanas. Las casas del interior de la

tejado á tejado hay tendidas transversalmente esteras y tablas, de las cuales penden millares de esos rótulos y escudos con los nombres de los mercaderes que son característicos de los chinos, y están colgados tan bajos, que se pueden coger con sólo levantar la mano: estos rótulos y escudos tienen de tres á cinco metros de largo y están cubiertos de pintorescos caracteres chinos pintados en oro, en negro y en otros colores. Los rótulos horizontales son desconocidos en China, por la sencilla razón de que allí se escribe, no horizontal, sino verticalmente. Cada uno de aquellos letreros colgantes que se mueven á impulso del aire, corresponde á una sola tienda, que ocupa siempre todo el piso bajo de una casa. En



CANAL DE CANTÓN

está en otro continente; pero no parece sino que pertenece á otro planeta.

Este mundo extraño ofrécese á la atención del viajero ya en el puente que desde Shameen conduce á Cantón: allí están los soldados chinos en sus cuerpos de guardia fumando tabaco ú opio puestos en cuclillas sobre sus esteras. Delante de esos cuerpos de guardia se ven escudos con espantosas figuras pintadas con colores chillones, y en el interior lanzas de tres puntas, largas espadas que sólo con dos manos pueden manejarse, arcabuces con el cañón terminado en forma de embudo, fusiles de chispa, sables cortos metidos en sus vainas y banderas blancas con extraños caracteres chinos. Los soldados no llevan un uniforme especial; únicamente ostentan su camisa azul con galones encarnados y en un escudo redondo sobre el pecho se leen en caracteres negros el número y el nombre de su regimiento. Cubre sus cabezas, de las que cuelgan largas trenzas, un sombrero en forma de plato y terminado en punta, y calzan sus pies unas sandalias. Cada vez que se cambia la guardia se arma un estrépito infernal, pues mientras unos golpean un gran bombo viejo, otros arrancan lentos y monótonos sonidos de cuatro trompetas de unos dos metros de largo cada una. A los europeos se les franquean las verjas del puente; á los chinos no se les permite el paso por ellas.

Los hermosos y bien cuidados caminos de Shameen se interrumpen repentinamente en cuanto se llega á la otra orilla del canal, encontrándose á los pocos minutos el viajero perdido en aquel extraño caos de estrechas callejas que constituyen la ciudad de Cantón. De los millares de callejones que forman la capital, son muy contadas aquellas por las cuales se puede transitar con los brazos extendidos sin tocar á un lado y á otro. Horas enteras estuve recorriendo aquel laberinto sin poder orientarme, sin saber dónde me encontraba ni hacia dónde dirigirme. Las calles principales son todas rectas y algunas tienen más de un kilómetro de largo; en ellas desembocan infinidad de vías laterales, todas del mismo ancho y del mismo aspecto, sin un detalle que pue-

ciudad tienen otro piso más bajo de techo que se comunica con el inferior por medio de una escala de mano ó de una escalera de madera. Sólo algunas casas de comida china son más grandes, más altas de techo y más desahogadas que los demás edificios, pero también carecen de puertas y ventanas; la abertura á modo de puerta que da á la calle tiene toda la anchura de la casa, y cuando por la noche hay que cerrar el edificio, colócanse en aquella gruesos postes verticales que forman una especie de verja y que están sostenidos por travesaños. Las casas particulares son las únicas que tienen puertas como las nuestras; el número de las mismas es muy reducido en las calles del centro de la ciudad, pero aumentan á medida que se alejan de éste, siendo en su consecuencia más silenciosas las calles en que esas casas predominan. Las puertas, para llegar á las cuales hay que subir generalmente algunos escalones, permanecen abiertas, pero á cosa de un metro de distancia detrás de las mismas alzáse un tabique de madera que impide á los viandantes ver el interior de las viviendas, y en el cual generalmente están pintadas con colores chillones las imágenes de dos ídolos que son los patronos tutelares de la casa: en los escalones de delante de la puerta hay un par de mujeres en cuclillas y en el banco puesto delante del tabique de madera un par de criados chinos. En la mayoría de las casas en donde penetré sin que nadie me impidiera el paso, encontré en el vestíbulo, junto á la puerta, algunas viejas lanzas de tres puntas, espadas y fusiles de chispa y de mecha. Al vestíbulo dan las puertas que conducen al laberinto de habitaciones, pabellones, mansiones de los antepasados, jardincitos y surtidores que constituyen las viviendas de los chinos ricos y de sus familias. Estos grandes locales están cercados exteriormente por una alta pared gris, sin ventanas, formando á la vez una especie de ciudad y de fortaleza. Junto á estas mansiones, vuelve á aparecer el laberinto de callejuelas en donde cada casa es una tienda, cuyo rincón más lejano podría verse desde la calle si para ello hubiera luz suficiente. Pero allí reina eternamente el crepúsculo. De

Cantón hay centenares de calles en las cuales todas las casas están ocupadas por tiendas tan contiguas unas á otras, que sólo la pared las separa. Generalmente cada industria tiene su calle determinada que toma el nombre de la misma. Los cambistas, plateros, vendedores de curiosidades, zapateros, sastres, cuchilleros, papeleros, fabricantes de abanicos, escultores, ebanistas, latoneros, etc., tienen sus calles especiales, en donde no sólo exponen los objetos acabados, sino que los fabrican á la vista de los transeuntes. Los comercios más elegantes, establecidos en calles algo más anchas, constituyen el único lujo que en toda Cantón puede apreciarse; es más, aquellos establecimientos llamarían por su decorado la atención en las mismas ciudades europeas. Magníficas esculturas en madera que reproducen acontecimientos históricos ó copian admirablemente distintas flores, árboles y enredaderas con ricas molduras doradas adornan las puertas, cubren las paredes interiores y forman en el fondo de la tienda una especie de altar, en cuyo centro hay generalmente una imagen grotesca del dios de la guerra, cuyos colores vivos destacan sobre un fondo de oro. Delante de este ídolo arden algunas lámparas de aceite y penden guirnaldas de flores de papel. Debajo del altar ó cerca de las paredes laterales de la estancia está sentado el propietario del establecimiento junto á una mesita esculpida, sobre la cual suele haber los libros de comercio, una balanza para pesar el dinero y unas tablas aritméticas. Sin la balanza el tendero podría ser engañado, pues en Cantón existe respecto de la moneda la misma costumbre que en Inglaterra respecto de los billetes de Banco: éstos llevan la firma de aquellos por cuyas manos han pasado; en Cantón cada dollar de plata ostenta el sello del que lo ha tenido en su poder.



Rótulo de una zapatería de Cantón.

(Continuará)

EL FERROCARRIL CENTRÍFUGO AMERICANO

En un gran parque de Coney Island, al Sur de la gigantesca ciudad de Nueva York, se han instalado unas interesantes montañas rusas para recreo del público que, como indica su nombre de ferrocarril centrífugo, se basan en la ley de la fuerza centrífuga. Consiste este ferrocarril en un armazón de madera de unos 11 metros de alto con un riel que primero corre casi horizontalmente y de repente desciende hacia el suelo formando un ángulo de 45 grados. Al llegar al suelo se remonta describiendo una especie de nudo elíptico y termina en una subida que se dirige a la izquierda.

Si desde el extremo de la vía, es decir, desde el lado derecho del grabado, fig. 2., se suelta un vagón (fig. 1), éste, al principio, se desliza lentamente, luego corre con velocidad cada vez mayor por la rápida pendiente, y al terminar ésta lleva tanta fuerza que da la vuelta por el interior de la elipse, tal como indica la figura 2, y desciende por el lado opuesto al de la salida, en donde termina la carrera, siendo luego conducido al punto de partida por medio de un cable.

La fuerza centrífuga del vagón que corre sobre los rieles es tan grande, que la gravedad del mismo queda en suspenso, siendo imposible que el vehículo ni el que va dentro caigan cuando dan la vuelta en la parte superior de la elipse.

Los vagones tienen la forma de trineos y en ellos pueden ir sentados cuatro pasajeros; corren sobre dos ruedas, como los velocípedos, que encajan en un riel central dentado; pero además van provistos de cuatro ruedecitas laterales, dos a cada lado, que, encajando en la cara inferior de dos rieles laterales, como puede verse en la figura 1, impiden que el vehículo descarrile ó caiga.

Los pasajeros pueden hacerse atar, si quieren, al vagón; pero esta precaución no es necesaria, según aseguran los que han hecho la travesía. En nuestro grabado figura 2, que es reproducción de una fotografía instantánea, el vagón pasa por el punto más alto de la elipse, estando por consiguiente el pasajero con la cabeza hacia abajo. Esta posición, naturalmente, sólo dura algunos segundos. - X.

todos á recurrir más ó menos al régimen del agua hervida ó pasteurizada, cuando no empleamos algún agua mineral.

Por esto me ha parecido curioso, al leer recientemente una vez más varios autores antiguos para buscar en ellos algunos datos acerca de la explota-

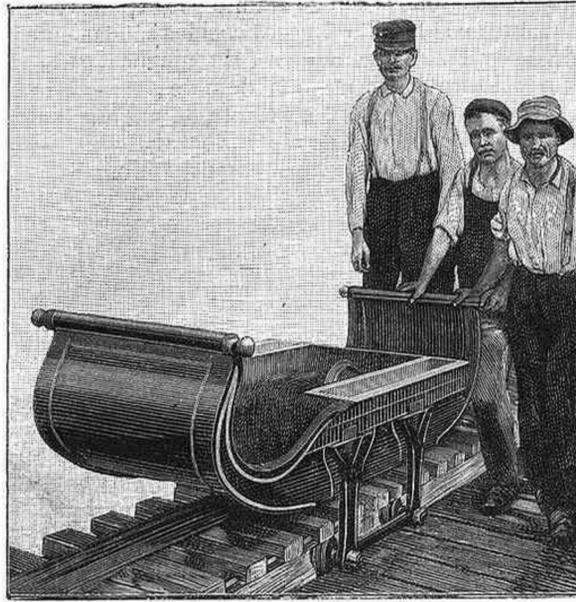


Fig. 1. - Un vagón del ferrocarril centrífugo americano

ción de las minas en la antigüedad, anotar incidentalmente algunos pasajes que demuestran de una manera evidente de cuán remota fecha data el uso del agua previamente hervida, utilizada como más sana, como menos contaminada, habiendo, por ende, precedido en muchos siglos la costumbre á todas las explicaciones que recientemente se han dado acerca de la destrucción de los gérmenes por la ebullición.

Conocida es la pasión de los romanos por el agua, así para su mesa como para sus termas, y no creo necesario recordar los colosales acueductos que surtían de ella á sus ciudades. Aquellas gentes habían observado que las aguas corrientes son preferibles á

quien inventó el hacer hervir el agua, poniéndola luego en jarros de cristal y refrescándola con nieve; de este modo se consigue el placer de beber agua fresca sin los inconvenientes que el agua de nieve tiene. Por otra parte, es evidente que toda agua que ha hervido es mejor y, lo que es una invención muy sutil, que el agua que ha sido previamente calentada se enfría más (?). *El medio de corregir el agua insalubre es hacerla hervir hasta que quede reducida á la mitad.*

Leyendo aquella frase de Plinio sobre Nerón, se explica la exclamación que lanzó este emperador, al decir de Suetonio (Nerón, XLVIII), cuando perseguido, extenuado por la fatiga y á punto de ser cogido por los jinetes que iban en su busca, se vió obligado á beber el agua de los charcos: «¡He aquí el agua hervida de Nerón!» exclamación característica de aquel *dilettante* que ha utilizado Pablo de Saint Víctor en un bellissimo fragmento sobre aquel soberano.

Pero si Nerón, según Plinio, había inventado el procedimiento de refrescar el agua en la nieve después de haberla hecho hervir, el principio de la ebullición como medio de purificarla era muy anterior á él, como lo demuestra la siguiente frase de Herodoto (Clio, 188):

«El gran rey (Ciro) entra en campaña bien provisto de víveres y de rebaños de su país, y llevando además consigo agua del Choaspe, que corre junto á Susa. Sólo el agua de este río, no de otro, es servida en la real mesa; *la hacen hervir*, y dondequiera que va el rey es transportada en jarros de plata en un convoy de carros de cuatro ruedas tirados por mulos.»

Plinio el Viejo, á quien es preciso consultar siempre que se trate de historia natural antigua, conocía aquella costumbre:

«Los reyes de los parthos - dice - no beben más agua que la del Choaspe y del Eulceus, y para ellos se la transporta en sus viajes.» (Libro VI y libro XXXI.)

Añadiré para terminar que los antiguos habían imaginado medios ingeniosos para obtener agua dulce del agua del mar y surtir de ella á los navegantes. «Se extienden - dice Plinio - alrededor del barco ve-

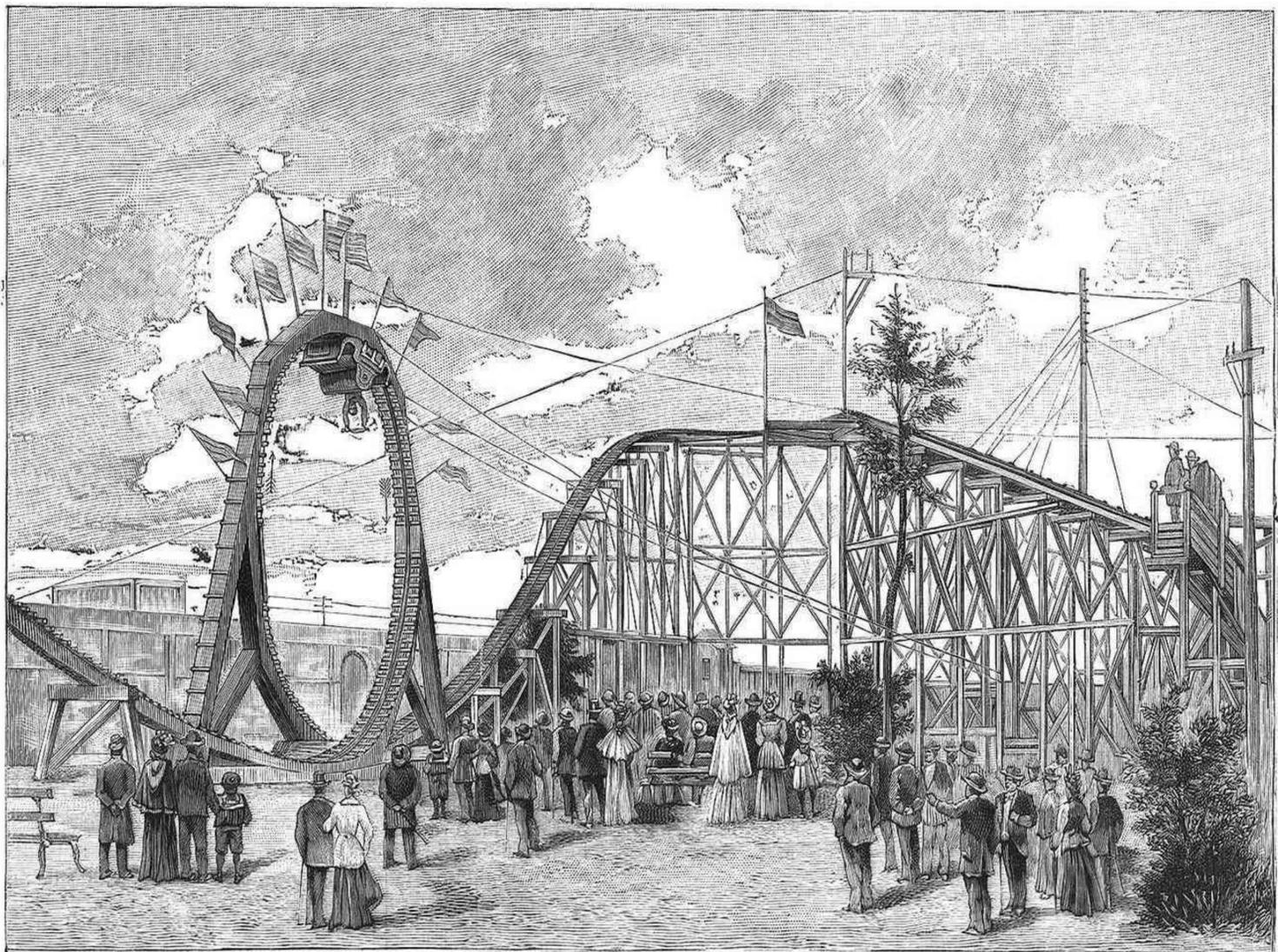


Fig. 2. - El ferrocarril centrífugo americano

EL USO DEL AGUA HERVIDA

ENTRE LOS ANTIGUOS

El miedo á los microbios es el comienzo de la salud, y como las aguas de los manantiales no siempre satisfacen á los higienistas, nos vemos precisados

las estancadas, y que es preciso dejar pasar las primeras aguas de los pozos «cuando el agua no reposa en ellos y se depura llegando constantemente al través de la tierra que la filtra.» Pero su refinamiento había ido mucho más allá. Plinio el Viejo, en el mismo capítulo de donde he tomado la cita anterior (libro XXXI, 23), dice: «El emperador Nerón fué

llones que se humedecen al recibir las exhalaciones del mar, y se exprime de ellos el agua, que es dulce. También se introducen en el mar, metidas en redes, bolas de cera huecas ó ánforas vacías y tapadas, y en el interior de ellas se acumula agua dulce.»

L. DE LAUNAY.

LIBROS ENVIADOS A ESTA REDACCIÓN

POR AUTORES Ó EDITORES

NOCHE DE AMOR, por Emilio Zola. - IMITACIONES, por el Conde León Tolstoi. - ADULTERIO, por Adolfo Belot. - LA MUJER DEL DIPUTADO, por Emilio Zola. - EL CANTAR DE LOS CANTARES, por Ernesto Renán. - La casa editorial de Madrid de D. Antonio R. López ha comenzado la publicación de una Biblioteca de obras de autores célebres: los cinco primeros tomos hasta ahora publicados justifican el título de esta

biblioteca, pues realmente son de escritores de universal renombre, lo cual hace innecesario llamar la atención sobre ellos. El precio de cada tomo, de cerca de 200 páginas y con una portada en colores, es de 75 céntimos, excepción hecha de El cantar de los cantares, que se vende á una peseta.

LA NEUROSIS ANÁRQUICA, por Canta-Claro. - En este libro estudia su autor las causas, los hechos históricos, los efectos y el agente principal del anarquismo y señala los remedios para acabar con él reformando el estado actual de la sociedad dentro del espíritu cristiano. La neurosis anárquica ha sido impresa en Guadalajara, en la imprenta y librería de Enrique Burgos, y se vende á una peseta.

IDÍLICAS, por Emilio Pacheco Cooper. - El distinguido poeta costarricense Sr. Pacheco Cooper ha publicado con este título una colección de poesías de diversos géneros y escritas en diferentes metros, en las que dominan la nota subjetiva, íntima y una imaginación brillante. El libro ha sido impreso en San José de Costa Rica.

RELATORIO E CONTAS DA DIRECÇÃO DA ASSOCIAÇÃO ACADEMICA. - La Associação Académica de Coimbra ha publicado la memoria estatutaria correspondiente al curso de 1899 á 1900, de la cual se desprende el grado de prosperidad de dicha asociación, cuyos fines son educativos y tienden al desenvolvimiento del espíritu y al desarrollo del cuerpo.

Las casas extranjeras que deseen anunciarse en LA ILUSTRACIÓN ARTÍSTICA diríjase para informes á los Sres. A. Lorette, Rue Caumartin, núm. 61, París. - Las casas españolas pueden dirigirse á D. Claudio Rialp, Paseo de Gracia, 168, Barcelona

PAPÉL ANTI-ASMÁTICOS BARRAL CIGARROS PRESCRITOS POR LOS MÉDICOS CELEBRES EL PAPEL O LOS CIGARROS DE BARRAL DISPONEN CASI INSTANTANEAMENTE LOS ACCESOS DE ASMA Y TODAS LAS SUFOCACIONES.

FUMOUZE-ALBESPEVRES 78, Faub. Saint-Denis PARIS y en todas las Farmacias.

JARABE DE DENTITION FACILITA LA SALIDA DE LOS DIENTES PREVIENE O HACE DESAPARECER LOS SUFRIMIENTOS Y TODOS LOS ACCIDENTES DE LA PRIMERA DENTITION EXIJASE EL SELLO OFICIAL DEL GOBIERNO FRANCÉS Y LA FIRMA DELABARRE DEL DR. DELABARRE

PAPEL WLINSI Soberano remedio para rápida curación de las Afecciones del pecho, Catarros, Mal de garganta, Bronquitis, Resfriados, Romadizos, de los Reumatismos, Dolores, Lumbagos, etc., 30 años del mejor éxito atestiguan la eficacia de este poderoso derivativo recomendado por los primeros médicos de París. Exigir la Firma WLINSI. DEPÓSITO EN TODAS LAS BOTICAS Y DROGUERIAS. - PARIS, 31, Rue de Selne.

GARGANTA VOZ y BOCA PASTILLAS DE DETHAN Recomendadas contra los Males de la Garganta, Extinciones de la Voz, Inflamaciones de la Boca, Efectos perniciosos del Mercurio, Irritación que produce el Tabaco, y especialmente á los Señs PREDICADORES, ABOGADOS, PROFESORES y CANTORES para facilitar la emisión de la voz. - Precio: 12 REALES. Exigir en el rotulo a firma Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS



EL APIOL de los Dres JORET y HOMOLLE regulariza los MENSTRUOS

Las Personas que conocen las PILDORAS DEL DOCTOR DEHAUT DE PARIS no titubean en purgarse, cuando lo necesitan. No temen el asco ni el cansancio, porque, contra lo que sucede con los demas purgantes, este no obra bien sino cuando se toma con buenos alimentos y bebidas fortificantes, cual el vino, el café, el té. Cada cual escoge, para purgarse, la hora y la comida que mas le convienen, segun sus ocupaciones. Como el cansancio que la purga ocasiona queda completamente anulado por el efecto de la buena alimentacion empleada, uno se decide fácilmente á volver á empezar cuantas veces sea necesario.

PANCREATINA DEFRESNE POLVO Adoptada por la Armada y los Hospitales de Paris. PILDORAS DIGESTIVO el más poderoso el más completo Digiere no solo la carne, sino tambien la grasa, el pan y los feculentos. La PANCREATINA DEFRESNE previene las afecciones del estómago y facilita siempre la digestión. En todas las buenas Farmacias de España.

ENFERMEDADES DEL ESTOMAGO PASTILLAS y POLVOS PATERSON con BISMUTHO y MAGNESIA Recomendados contra las Afecciones del Estómago, Falta de Apetito, Digestiones laboriosas, Acedias, Vómitos, Eructos, y Cólicos; regularizan las Funciones del Estómago y de los Intestinos. Exigir en el rotulo a firma de J. FAYARD. Adh. DETHAN, Farmaceutico en PARIS

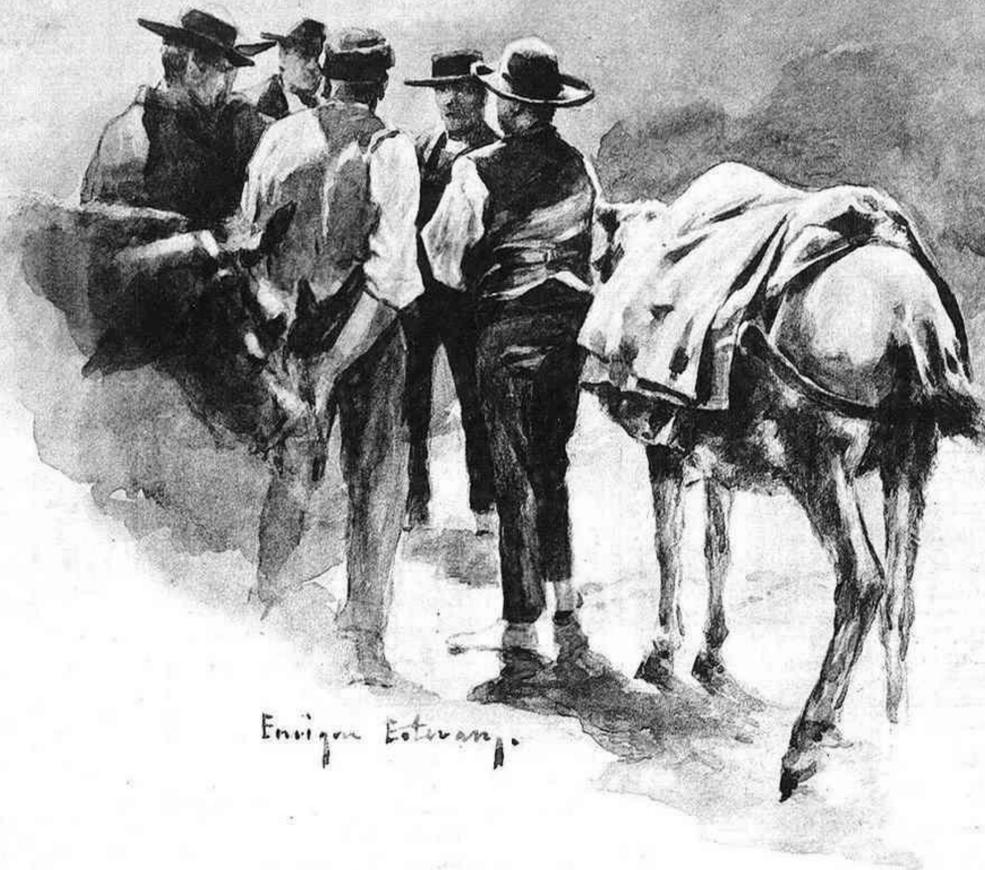
ENFERMEDADES del ESTOMAGO Pepsina Boudault Aprobada por la ACADEMIA DE MEDICINA PREMIO DEL INSTITUTO AL D. CORVISART, EN 1856 Medallas en las Exposiciones internacionales de PARIS - LYON - VIENA - PHILADELPHIA - PARIS 1887 1873 1873 1876 1878 SE EMPLEA CON EL MAYOR ÉXITO EN LAS DISPEPSIAS GASTRITIS - GASTRALCIAS DIGESTION LENTAS Y PENOSAS FALTA DE APETITO Y OTROS DESORDENES DE LA DIGESTION BAJO LA FORMA DE ELIXIR. de PEPSINA BOUDAULT VINO de PEPSINA BOUDAULT POLVOS de PEPSINA BOUDAULT PARIS, Pharmacie COLLAS, 8, rue Dauphine y en las principales farmacias.

AVISO Á LAS SEÑORAS EL APIOL DE LOS DRES JORET y HOMOLLE CURA LOS DOLORS, RETARDOS, SUPPRESSIONES DE LOS MENSTRUOS FABRIANT 150, R. RIVOLI PARIS y TODAS FARMACIAS y DROGUERIAS

PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris. PÍLDORAS BLANCARD con Yoduro de Hierro inalterable Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris, etc. Contra la ANEMIA, la POBREZA de la SANGRE, el RAQUITISMO Exijase el producto verdadero y las señas de BLANCARD, 40, Rue Bonaparte, Paris.

EN TODA CLASE de VÓMITOS y DIARREAS adoptados de R. O. por los Ministerios de Marina y de Guerra. LOS RECOMIENDAN INDISCUTIBLES AUTORIDADES MÉDICAS CELEBRAN CON ENTUSIASMO SUS EFECTOS CUANTOS LOS USARON PIDANSE EN TODAS LAS FARMACIAS Y DROGUERIAS DEL MUNDO Son falsas todas las cajas que no lleven en el prospecto inscripción transparente con los nombres del medicamento y del autor.

PATE EPILATOIRE DUSSER destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningun peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparacion. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empleese el PILEVORE. DUSSER, 1, rue J.-J. Rousseau, Paris.



Arrieros, dibujo original de Enrique Estevan

MEDALLAS + LONDRES 1862 + PARIS 1889 + AMBERES 1894 +
 LAS DE APIOL DE LOS DE JORET Y HOMOLLE REGULARIZAN LOS MENSTRUOS
 CAPSULAS DE LOS DE JORET Y HOMOLLE EVITAN DOLORS, RETARDOS
 DEPOSITO GENERAL FARMACIA BRIANT PARIS 150 R. RIVOLI Y TODAS FARMACIAS Y DROGUERIAS

Jarabe Laroze

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Desde hace mas de 40 años, el Jarabe Laroze se prescribe con éxito por todos los médicos para la curacion de las gastritis, gastraljias, dolores y retortijones de estómago, estreñimientos rebeldes, para facilitar la digestion y para regularizar todas las funciones del estómago y de los intestinos.

JARABE

al Bromuro de Potasio

DE CORTEZAS DE NARANJAS AMARGAS

Es el remedio mas eficaz para combatir las enfermedades del corazon, la epilepsia, histéria, migraña, baile de S^o-Vito, insomnios, convulsiones y tos de los niños durante la dentición; en una palabra, todas las afecciones nerviosas.

Fábrica, Espediciones: J.-P. LAROZE & C^o, 2, rue des Lions-St-Paul, à Paris.
 Deposito en todas las principales Boticas y Droguerías

ANEMIA CLOROSIS, DEBILIDAD HIERRO QUEVENNE
 Curadas por el Verdadero
 Unico aprobado por la Academia de Medicina de Paris. - 50 Años de éxito.

APIOLINA CHAPOTEAUT

SALUD DE LAS SEÑORAS

(NO CONFUNDIRLA CON EL APIOL)

Es el más enérgico de los emenagogos que se conocen y el preferido por el cuerpo médico. Regulariza el flujo mensual, corta los retrasos y supresiones así como los dolores y cólicos que suelen coincidir con las épocas, y comprometen á menudo la salud de las Señoras.

PARIS. 8, rue Vivienne, y en todas las Farmacias

AGUA LÉCHELLE

HEMOSTATICA

Se receta contra los *Flujos*, la *Clorosis*, la *Anemia*, el *Apocamiento*, las *Enfermedades del pecho* y de los *intestinos*, los *Espustos de sangre*, los *Gatarros*, la *Disenteria*, etc. Da nueva vida á la sangre y entona todos los órganos.

PARIS, Rue Saint-Honoré, 165. - Depósito en todas Boticas y Droguerías.

Jarabe de Digital de LABELONYE

contra las diversas Afecciones del Corazon, *Hydropesias*, *Toses nerviosas*, *Bronquitis*, *Asma*, etc.

El mas eficaz de los Ferruginosos contra la *Anemia*, *Clorosis*, *Empobrecimiento de la Sangre*, *Debilidad*, etc.

Gragéas al Lactato de Hierro de GÉLIS & CONTÉ

Aprobadas por la Academia de Medicina de Paris.

Bergotina y Grageas de BERGOTINA BONJEAN

Medalla de Oro de la S^{ad} de F^{ia} de Paris

HEMOSTATICO el mas PODEROSO que se conoce, en pocion ó en inyeccion ipodermica. Las Grageas hacen mas fácil el *labor del parto* y *detienen las perdidas*.

LABELONYE y C^{ia}, 99, Calle de Aboukir, Paris, y en todas las farmacias.

VINO AROUD

CARNE-QUINA-HIERRO

MEDICAMENTO-ALIMENTO, el más poderoso REGENERADOR prescrito por los Médicos.

Este Vino, con base de vino generoso de Andalucía, preparado con jugo de carne y las cortezas más ricas de quina, en virtud de su asociación con el hierro es un auxiliar precioso en los casos de: *Clorosis*, *Anemia profunda*, *Menstruaciones dolorosas*, *Calenturas de las Colonias*, *Malaria*, etc.

102, Rue Richelieu, Paris, y en todas farmacias del extranjero.

Quedan reservados los derechos de propiedad artística y literaria

IMP. DE MONTANER Y SIMÓN